

Zahra: favorita de Al-Andalus

Antonia Bueno

PERSONAJES

NARRADOR

ZAHRA *andalusí*

ZAHRA *magrebí*

HASSAN (*esposo de Zahra magrebí*)

ABDERRAMÁN III (*califa de Córdoba*)

AL-HAKAN (*hijo de Abderramán*)

MALIKA (*amiga de Zahra magrebí*)

YAFAR (*eunuco del harén de Córdoba*)

SITT (*curandera magrebí*)

MUJERES DEL HARÉN DE ABDERRAMÁN

ESCLAVAS Y ESCLAVOS DEL HARÉN

FÁTIMA (*esposa y prima de Abderramán*)

MARYAN (*primera esposa de Abderramán*)

HASDAY (*médico judío de Abderramán*)

Escena I

Prólogo en el vestíbulo

El vestíbulo del Teatro es un zoco. Encantadores de serpientes, faquires, músicos, aguadores... El público deambula por este abigarrado laberinto dejándose llevar por el azar y la sorpresa. Suena la voz del almuédano llamando a la oración de la caída del sol. El bullicio del zoco se detiene. Por un momento toda actividad mundana queda suspensa ante la presencia omnipotente de Alá. Cuando acaba la plegaria, suena una chirimía. Quien la toca es un viejo ciego. Al acabar, avanza apoyándose en su rústico bastón, con magnificencia de califa. Es tan viejo como el mundo. No tiene nada que ocultar, porque nada posee, ni nada que temer puesto que ya todo lo ha sufrido. Su voz es coral, poliédrica, paradójica. Es la voz del viento del desierto, la de las estrellas, las palmeras y el mirto. Conoce el lenguaje de los pájaros y la geografía de los perfumes. Es la Memoria de Al-Andalus y el Magreb, concedora de todos y cada uno de los rincones de la historia contada y de la que nunca se contó.

NARRADOR.- La vida es como un zoco... ¡Abrid bien vuestros ojos! Todo está aquí, revuelto y mezclado en extrañas proporciones... Podéis adquirir el famoso brebaje de Al-Harraní, que combate el dolor de estómago... Un nuevo juego de mesa, llamado a tener vida longeva, el ajedrez de Ziryab... Un mágico artefacto para medir el tiempo, el reloj de Ibn Firnas, hombre de raras cualidades que concibió la posibilidad de volar... Un poema de amor de Zayd de Elvira... Una carta de los cielos de Abu Ubayda al-Balansí... Una onza de almizcle... Una pieza de seda blanca para llorar el luto de la persona amada... Un caldero para el cuscús... Un collar beréber... Unas babuchas amarillas... **(Deteniendo su enumeración, con picardía.)** O... ¿Preferís un cuento?... ¿Una historia para soñar... y recordar?

(Golpea el suelo tres veces con su bastón y mágicamente se abren las puertas de la muralla que encierra la medina teatral. Los espectadores se van introduciendo en la sala del Teatro, el cuarto de las Maravillas, la cueva de Alí Babá...)

ESCENA II

Presentación del narrador

El público va entrando en la sala y acomodándose en sus asientos, mientras se deja envolver por el sonido y el aroma de otro lugar y otro tiempo. En los pebeteros se queman inciensos. Hasta el último de los rincones huele a almizcle y resuena a misterios por descubrir. Cuando todos están acomodados y atentos, el NARRADOR comienza a caminar por el pasillo hacia el escenario, dirigiéndose al público que le rodea.

NARRADOR.- Las historias son más necesarias que el pan. Nos dicen cómo vivir y por qué. El pensamiento es libre para buscar la verdad... y la lengua no tiene huesos: Al lisan mafih adhm. Así que... ¿quién prohibirá a la lengua de un pobre ciego brincar en una danza inocente de palabras?... Aunque, os preguntaréis: ¿En estos tiempos existe la inocencia?... ¿Existió en algún tiempo?...

(Inesperadamente, golpea con furia el suelo y moviéndose con agilidad increpa a los presentes.) ¡Gentes de poca fe, escuchad! Olvidaos de vuestros ridículos problemas. ¿Acaso tenéis algo mejor que hacer? ¡Quedaos pues y escuchadme con atención. Aprenderéis muchas cosas de provecho.

(Dibuja con su bastón en el aire de la sala arabescos y figuras misteriosas, que captan la fascinación del auditorio. Luego continúa avanzando entre el público hasta el escenario.) Voy a hablaros de la inocencia y de la traición, del lujo y del hambre, del hombre y de la mujer, del norte y del sur, del ayer y del mañana... Dejadme elegir mi camino bajo las estrellas, que me conducirán al oasis de vuestros corazones.

(Sube al escenario y se sitúa en el centro. Tan sólo se ve su magnífica figura, el resto son tinieblas. Desde allí, percibe la atención del concentrado público. Sonríe satisfecho. Ahora ya puede comenzar.) Yo vengo de lejos. ¿Quién soy yo?... Soy... lo contrario de un tejedor. Mi función es destejer, desvelar las apariencias, para poder penetrar el sentido oculto de las cosas...

(Saca entre los pliegues de sus ropas una cajita.) Contar una historia es liberar palabras: Yo soy Al-Muharrir, el liberador.

(Abre por un momento la caja. Se oyen ecos de voces que se entrecruzan como palomas que escapan volando.) Esta es mi caja de palabras. Mis palabras y yo recorremos el país en agotadoras giras para llegar hasta vosotros... ¡Sí, amigos míos! Incluso nos exponemos al ataque de los fanáticos, que el mes pasado bombardearon con huevos y tomates a nuestro digno elenco... Las palabras son poderosas. Utilizadas solas actúan como fuertes talismanes... Enlazadas, son cuentos maravillosos. Su poder puede librar hasta de la muerte... **(Cómplice.)** Por eso hay que manejarlas con prudencia.

(Vuelve a cerrar la caja. Escruta la atención de su auditorio. Señalando sus vestimentas.) ¡Ay!... Mis ropas han conocido días mejores... Pero, no dejéis que las apariencias os confundan... Ya os advertí que son engañosas... ¡Yo he sido importante alguna vez! ¡Sí, queridos hermanos!... Cuando vosotros aún no erais nada, ni siquiera un sueño en la cabeza de vuestros abuelos...

(El escenario se va iluminando. Está cubierto de arena, como el desierto, como el descampado de la plaza donde el narrador desgrana cada noche sus historias. Señalando a su alrededor.)

Entre tanto, esta tierra ha sido pisada por cientos de sandalias desocupadas, de pasos errantes... ¿No veis sus huellas?... ¿No podéis leer en sus trazos el mensaje de toda una vida de vidas?

(Increpándoles con su bastón desde el centro del espacio arenoso que lo inunda todo.) ¡Quedaos conmigo! ¿Para qué vais a ir con otros? Yo os contaré todas las historias... Las fábulas más maravillosas y las tragedias más estremecedoras. Porque yo puedo ser todos los narradores.

(Cobrando dignidad.) Yo fui el poeta de Cabra que inventó aquellos versos cortos que más tarde llamaron moaxaja. Viví en la fastuosa corte de Abderramán. Mi nombre era Mokadan al-Kabri...

¿O... quizá fui el músico ciego que armonizó las veladas en el salón rico de Medina Zahara... y no recuerdo mi nombre?

O Abul-l-'Ala al-Ma'arrí, a quien mis biógrafos apellidan filósofo de los poetas y poeta de los filósofos. Mi "Tratado del perdón" fue la más hábil recreación de la leyenda del isra', el viaje nocturno de Mahoma a los lugares de ultratumba, que luego copió un tal Dante.

O el ciego de Gaarra, que escribió un pastiche del Corán, reproduciendo hasta en sus más ínfimos detalles la música de sus párrafos... aunque burlándose de la letra.

Pero... También podría ser Abuccasis, cirujano cordobés de aguazada visión. Tanto, que conseguí eliminar la Teología del conocimiento médico en mi famosa enciclopedia Tesnf...

O Naguib, ulema y tendero en el zoco de una pequeña ciudad del Atlas...

O el maestro sufí Ibn Masarra, que predicó el libre pensamiento...

O hasta saida Al-Horra, la libre, la que tiene poder soberano, gobernadora de Tetuán.

O inclusive Laila Fatha Mohamed, la mujer santa, ante cuyo mausoleo se sellan los juramentos.

O... ¿por qué no?... un viejo ciego cualquiera de los que hoy recorren la medina de Fez con su bastón y su escudilla en busca de unos dirhams...

O el mismo Abderramán, califa de los creyentes...

O su hermosísima favorita Zahra, para quien construyó una ciudad-palacio asombro de los tiempos.

O una otra Zahra, fugitiva hoy de la kashba, en busca del paraíso europeo...

¡Qué importa! Yo puedo ser todos los ciegos. E inclusive todos los hombres... Y hasta... con una pizca más de imaginación... todas las mujeres. En definitiva... en un tiempo infinito a una persona acaban ocurriéndole todas las cosas. ¡Y yo he vivido tanto!

(Dirigiéndose hacia un extremo de la escena, guiado por su báculo, comienza a recorrer los lugares de la memoria.) El Islam es gigantesco... Se extiende en el tiempo y en el espacio...

Hoy visitaremos Al-Andalus, aquella lámpara encendida en la noche del Medioevo... Y también el Magreb de hoy mismo. Viajaremos por el Estrecho, cuando era un arroyo grande, abu bekr, entre las dos orillas... Y también por este otro Estrecho que hoy es muro, hudud, frontera impenitente. Desvelaremos el secreto que encierran los jardines andalusíes... y los muros terrosos de las kashbas.

El azar juega a la simetría. Nosotros jugaremos con él a través del espejo de los tiempos.

(Llega a un extremo de la escena. Comprueba que ese es su lugar y se acomoda en el suelo sobre sus piernas cruzadas.) Pero... ¿Existe el azar? ¿No se dijo que todo está escrito en el Libro de Alá?... ¿Será que esta historia ya está escrita y sólo precisamos... recordarla... seguir la senda del aroma que destila... esperar el momento en que decida contarse a sí misma?... ¿Será mi misión aguardar su llegada para entonces... y sólo entonces... comenzar a desgranarla... convertirla para vosotros en sabrosos granos de sésamo que se abran al fin, permitiéndonos entrar en la cueva de las maravillas?...

(Dando las últimas instrucciones.) Es bueno acordarse, dice el Sagrado Libro. Por eso hoy vamos a recordar todos juntos. Decidme... ¿Qué es el Corán, sino la palabra emitida por Dios?... ¿Y no he sido yo hecho a su imagen y semejanza? Permittedme entonces, como burda copia suya, que sea un charlatán... Aunque nunca me llaméis Al Kadhdahab, el mentiroso.

(Finalmente, se dispone a comenzar.) ¡Dejad volar vuestra fantasía! En este territorio el tiempo tiene otro valor... O no tiene valor... Simplemente es... transcurre... Así que preparaos para un largo viaje. Tomad provisiones, sabiendo que la mejor provisión es la piedad... Y recordad... Con todo respeto... La prisa mata.

ESCENA III

Presentación de Zahra andalusí

El NARRADOR, como maestro de ceremonias, alza su báculo. El escenario se ilumina y comienza a escucharse una nuba andalusí, que acaricia el paisaje como una mano de seda. Una hermosa mujer musulmana entra bailando. Va engalanada con un rico traje cortesano de la época califal. Todo su cuerpo sonrío con la dulzura de su danza. Porta una alfombra en los brazos, que trata como una amorosa ofrenda.

NARRADOR.- (Percibiendo el aroma de ZAHRA ANDALUSÍ.) Yo te conozco, muchacha. Este olor a arrayanes... Llegas danzando... envuelta en aroma de siglos.

ZAHRA.- (Deteniéndose, se dirige al público.) En el nombre de Alá, el más Misericordioso, la mayoría de las Bendiciones. As-Salam Aleikum. La Paz esté con vosotros.

Vine a través de una historia.

Una leyenda me trajo en su seno.

Me parió una fábula.

Con su leche me alimentó una ficción.

(Vuelve a dejarse mecer por el cimbreo de su cintura de junco.)

NARRADOR- Hubo un tiempo en que el mirto y el arrayán reinaban en estas tierras, distribuyendo sabiamente sus fragancias por los cuatro puntos cardinales... Hubo una ciudad-palacio en la falda de esta montaña...

(ZAHRA extiende la alfombra.)

El Monte de la Desposada... a pocas leguas de la magnífica Qurtuba.

(ZAHRA danza sobre la alfombra, marcando grácilmente sus límites.)

Sus paredes estaban tapizadas con láminas de oro traídas de Constantinopla, mármoles de Cartago, y piedras preciosas de tierras de infieles, en el lejano sur... El sol se bañaba en sus frescos aljibes, aguardando de nuevo la llegada de la luna tibia... de la blanca luna... de la luna hermosa y enamorada...

(ZAHRA se sitúa en el centro de la alfombra.)

ZAHRA.- En medio de este palacio hay un jardín donde crecen los más jugosos frutos, donde viven las aves de más hermoso plumaje... En mitad del jardín, un pabellón dorado... En mitad del pabellón dorado un estanque de mercurio líquido, que al moverse refleja la danza del pabellón, del jardín, del palacio y del monte todo... Y en el centro del estanque cuelga una perla... **(Baila sensualmente.)**

NARRADOR.- Al-wasitah... la más grande... la beldad de Al-Andalus.

La perla, el estanque, el pabellón, el jardín, el palacio, la ciudad entera... estaban allí por ella... sólo por ella... en honor de la más fragante, de la más sabia, de la más deseable de las mujeres... Zahra, la favorita...

ZAHRA.- Ese es mi nombre. **(La danza se hace más embriagadora.)**

NARRADOR.- Este palacio era un laberinto, un primoroso y elaborado laberinto, concebido para engañar a los demonios... para atraparles en su geometría sin fin... para hacerles desaparecer en el abismo insondable de sus universos infinitos.

ZAHRA.- Este palacio es también un espejo... un magnífico espejo celestial, donde se reflejan maravillados los astros y danzan las esferas. Laberinto cósmico... trampa infernal... colmo de maravillas... centro del universo...

NARRADOR.- Eso fue Medinat al-Zahra. Joya de Abderramán. Tesoro de los Omeyas. Maravilla de Córdoba... Su pérdida sólo podía suponer el caos... la fitna fraticida... la destrucción...

(ZAHRA se detiene, majestuosa.)

ZAHRA.- La muerte...

NARRADOR.- Viajar a al-Andalus es viajar a un bosque de lágrimas.

ZAHRA ANDALUSÍ.- (Desconcertada, mirando a su alrededor.) ¿Dónde estoy?... ¿Cómo he llegado aquí?...

NARRADOR.- Eres tan bella... Un día entre los días, esperando vanamente al amado, al contemplarte en el espejo de las aguas y ver tu belleza dijiste: Veo un jardín a cuyos frutos nadie alarga su mano...

ZAHRA.- ¿Quién eres tú?...

NARRADOR.- (A Zahra.) Yo he tocado para ti hace mucho... mucho tiempo. Cuando las dos orillas se daban la mano... Cuando las gaitas bailaban y los naranjos tendían un fragante puente sobre este mar... Una noche escuché caer una de tus lágrimas sobre el aljibe irisado... A mí tampoco me gustaron nunca las cárceles, aunque fueran de oro... por eso escapé y me fui al sur...

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¿Y yo... no podré lograrlo?

NARRADOR.- No habrá nunca una puerta. Estás adentro
y el alcázar abarca el universo
y no tiene ni anverso ni reverso
ni externo muro ni secreto centro...

(ZAHRA se sienta en el tapiz, aguardando la llegada de una noche más de primavera al borde del estanque. La nuba se va diluyendo en las tibias aguas hasta desaparecer.)

ESCENA IV

Presentación de Zahra magrebí

NARRADOR.- Nuestra Zahra andalusí llegó pronto, con las primeras lluvias. ¿Acaso Al-Andalus no era un vergel? **(Escuchando atento. Nada sucede.)** Zahra magrebí se hace de rogar. Es más áspera, más árida, como su paisaje. Allí es preciso sembrar y regar más que en estos fértiles valles. Zahra juega al escondite, ocultándose tras su velo que cambia de formas y colores. Sólo sus ojos permanecen. Ojos asustados, esperanzados: Ojos en cuya pupila habita, como en un útero cálido, su otra mitad, su otra Zahra. Universos infinitos, pupilas que encierran planetas, que encierran espacios inexplorados, que encierran conocimientos preciosos... Pero, dejémonos de lirismos y no os inquietéis... Aquí está. ¿Verdad que también es hermosa?

(Por segunda vez el NARRADOR alza su báculo. Suena una música magrebí actual. Entra una muchacha magrebí. Llega agitada, mirando con ojos asustados a su alrededor. Vestida con ropas actuales. Cazadora de cuero negro y falda larga. Su vientre hinchado y su rostro sofocado. Lleva su cabeza cubierta por un pañuelo. En su mano, el escaso equipaje de una bolsa de plástico.)

(A ZAHRA MAGREBÍ.) Yo te conozco, muchacha... Esa voz que calla.

Llegas corriendo desde las terrosas kashbas del sur del sur. Desde las espigas secas y los pozos callados. En tu vientre traes la semilla del futuro. Tu hijo alumbrará una nueva era donde haya un lugar para la piedad...

(Al público.) Pero, ¡silencio!... Ya oímos la voz de esta otra hermosa Zahra, en quien la mano del Creador está comenzando a trazar sus designios...

ZARHA.- Perdí mi anillo de boda en la arena.

Perdí mi anillo, mi familia, mi tribu.

Perdí la tierra abrasadora, el polvo cegador,

los pájaros que se deslizan en parejas sobre el silencio.

Perdí el silencio.

Perdí mi memoria en las arenas de una rambla seca.

No sé quién soy.

No sé siquiera qué es lo que debería saber...

y no sé.

(Desconcertada.) ¿Quién sopla en mi oído estas palabras?... Loado sea Él que todo lo sabe.

NARRADOR.- Cantan las tórtolas, zumba un moscardón. Tras la tapia de adobe se extiende el palmeral y el silencio. Zahra acabó de comer su cuscús bajo el cañizo rodeado de azaleas, palmitos, jazmines... El sopor rojizo de la siesta descende como una plaga ardiente sobre la kashba... Pero eso fue hace ya algún tiempo...

ZAHRA.- La madrasa está en casa. Mi padre es el maestro. Nos enseña cada tarde el Corán, las palabras sagradas.

NARRADOR.- Pero eso será cuando el sol abandone un día más el horizonte y comience a llegar la ligera brisa...

ZAHRA.- Pastora es mi oficio. Las moscas mis compañeras. Yo las envidio por verlas alejarse volando hacia el norte... el hermoso norte rumí. Las moscas no tienen aduanas ni fronteras.

NARRADOR.- Los abejorros zumban sobre las flores blancas y violetas de las alcaparras y sueñan con su viaje.

ZAHRA.- Yo sueño con transformarme en mosca o abejorro, y desde el corazón del palmeral clamo a los genios para que se apiaden de mí y me conviertan en mosca... o abejorro o pájaro... o viento... o nube. Cualquier cosa mejor que ser pastora de cabras y estar amarrada a esta cárcel de arena para toda la eternidad... ¡Ra, ra! ¡Vamos, borriquillo! Llévame al pueblo a vender la leche y los quesos... Y luego llévame más allá... hasta el mar... con Saad y Ahmed y los otros pastores que ya se fueron...

NARRADOR.- Sin papeles...

ZAHRA.- ¡Claro que no tenían papeles! ¡Cómo iban a tenerlos, si no saben escribir!

NARRADOR.- Su padre vendió el único ternero...

ZAHRA.- Mi madre vendió sus escasas joyas beréberes...

NARRADOR.- Para que Zahra pague a las mafias...

ZAHRA.- Para que yo pueda ir a España... España...

NARRADOR.- Recibir un huésped es una bendición. El jefe de una tribu renunció a asaltar una caravana y hasta perdió una batalla por no traicionar al hombre que se había detenido a tomar una taza de té con él...

ZAHRA.- ¿Por qué entonces ellos no quieren recibirnos?... Nos presentaremos de todos modos. No hay otra opción. **(Sujetándose el voluminoso vientre.)** Grande es la prisión que me aplasta... ¿De dónde me llegarás, liberación?

(ZAHRA se queda aguardando en una esquina fuera de la alfombra. La música actual magrebí se va perdiendo por las grietas reseca de la tierra sedienta, hasta desaparecer.)

Escena V

El narrador y sus criaturas

El NARRADOR satisfecho dirige sus ojos ciegos y su fino olfato hacia el centro de la escena donde se encuentran las dos mujeres.

NARRADOR.- Miradlas, vosotros que tenéis ojos:

Una engalanada de seda y pedrería...

La otra engalanada con su mejor sonrisa.

Dos promesas de Alá, dos esplendores.

Las dos caras de un dirham plateado.

Dos lunas florecientes.

Zahra... Zahra...

Un Andalus glorioso...

Un Magreb que despierta...

Espejos que se buscan en las aguas del Tiempo.

(Dirigiéndose al público.) Son las dos mitades de una jugosa naranja. Una llega rodando como una lágrima desde el norte; la otra sube, henchida con su semilla, desde el sur. El Estrecho es la vasija donde se juntarán sus jugos. Yo seré el fakir que reúna los dos pedazos en un bello fruto. Ambas me seguirán mansamente, sin una réplica. ¿Acaso su destino no está en mis manos?... ¿Acaso el destino no es ciego?

(De nuevo a ellas.) ¡Ay... si yo consiguiera descorrer mi oscura cortina y contemplar el escenario luminoso de vuestra belleza...! Dicen que El Bendecido nos hizo hijos de Noor, la Luz. A mí debió concebirme con otra esposa: la triste y melancólica Oscuridad.

(Al auditorio.) Buscad la luz por mí, hermanos de padre. Redimidme de esta torcedura del destino... Y ahora... Dejaos llevar por el sueño... El sueño cabalga por las estepas de los días, atravesando los vientos y los relojes...

Escena VI

Zahra sueña a Zahra

Las dos Zahras están muy cerca una de otra, aunque aún no pueden verse. La ZAHRA ANDALUSÍ continúa sentada en el centro del tapiz, inquieta por su pesadilla. La ZAHRA MAGREBÍ rodea la alfombra, perdida en su ensoñación.

ZAHRA MAGREBÍ.- Hoy tuve un hermoso sueño. Mi cabello era dorado, ricas sedas envolvían mi cuerpo y mi casa era un fragante jardín.

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¡Qué cruel pesadilla! Corría por áridas tierras envuelta en llanto... y mi meta era el negro mar.

ZAHRA MAGREBÍ.- ¡Qué olor a almizcle!

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¡Qué acompañada soledad!

ZAHRA MAGREBÍ.- Mis ojos azules...

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¡Mis pies llagados!

ZAHRA MAGREBÍ.- ¡No puedo salir de este encierro!

ZAHRA ANDALUSÍ.- No me permiten entrar al Paraíso.

ZAHRA MAGREBÍ.- Los eunucos...

ZAHRA ANDALUSÍ.- La policía...

ZAHRA MAGREBÍ.- ¿Adónde vas, mujer?

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¡Tú! ¿Adónde vas?

ZAHRA MAGREBÍ.- Hay un muro que cercena mi huida.

ZAHRA ANDALUSÍ.- Hay un muro que me impide la entrada.

ZAHRA MAGREBÍ.- ¿Cómo podré salir?

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¿Cómo podré entrar?

ZAHRA MAGREBÍ.- El hudud...

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¡La frontera!...

ZAHRA MAGREBÍ.- Dios mío, líbrame del ayer.

ZAHRA ANDALUSÍ.- Señor, protégeme del mañana.

Escena VII

Primer encuentro con Hassan

Un grupo de personas, hombres y mujeres irrumpen en la escena. En sus manos llevan bolsas de plástico de basura con sus escasas pertenencias, en sus ojos la incertidumbre y tal vez el miedo. El narrador les siente llegar. Permanecen agazapados, sentados en semicírculo detrás del tapiz. Uno de los hombres se dirige al NARRADOR.

HOMBRE.- Tú hablas cada noche de las páginas de gloria de nuestros abuelos. Háblanos hoy, si tienes coraje, del hambre. Háblanos de que hay tifus, chabolismo, emigración...

NARRADOR.- (Respira profundamente y guarda silencio.) Tienes razón, hijo mío... Mucha razón. El día no tiene sentido sin la noche... la luz sin la oscuridad... Lo conocido existe a causa de lo desconocido... Sólo por la evidencia del ignorante descubrimos la presencia del saber. (Con decisión.) Hoy cabalgaremos dos briosos corceles. Os hablaré de la sombra que hay tras el resplandor, de la vergüenza que esconde la gloria.

(El NARRADOR hace una seña con su vigorosa mano a ZAHRA MAGREBÍ. Ésta se dirige al grupo. Uno de los muchachos se levanta y la mira, ZAHRA baja los ojos.)

HASSAN.- ¡Por Alá, qué tallo de bambú!... ¿Eres nueva en el barrio?

ZAHRA.- (Continuando con la cabeza gacha) Llegamos ayer.

HASSAN.- A ti también te trajo la sequía... (Contemplándola detenidamente.) Me gustas... ¿Dónde vivirás?

ZAHRA.- Ahí... (Señalando vagamente una zona a su espalda.) Mi padre está construyendo nuestra casa.

HASSAN.- (Acercándose.) ¿Será tan bonita como tú? (ZAHRA turbada intenta irse.) ¿Adónde vas? No temas... Soy tu amigo. Mi nombre es Hassan. (Le tiende la mano.)

ZAHRA.- Yo me llamo Zahra... (Confusa, no sabe si corresponder al saludo de HASSAN.) Pero... Las mujeres no podemos ser... amigas de los hombres...

HASSAN.- (Riendo burlón.) ¡Eso era en la aldea! Esto es otra cosa. (Señalando hacia el público.) La ciudad está ahí mismo, detrás de esa loma. Yo voy muchos días... Cuando hay trabajo... (Justificándose.) Tú ya sabes lo que pasa... (Se acerca aún más. Sus ojos negros clavados en los negros ojos de ZAHRA, su mano apretando la trémula mano de ZAHRA que siente que va a deshacerse en una ola de vergüenza y de algo desconocido que empapa sus rincones más recónditos.) ¿Vendrás conmigo alguna vez?

ZAHRA.- Tengo que irme... (Sin soltar aún la mano vigorosa que atenaza su voluntad.)

HASSAN.- (Dejándola libre, la contempla.) Algún día, Zahra, yo haré una casa para ti... Aquí en el barrio... O ahí, en la ciudad.

(ZAHRA escapa y va a refugiarse en el grupo de hombres y mujeres que aguardan sentados, sentándose entre ellos como una más. HASSAN contempla su marcha sonriente.)

NARRADOR.- Hassan consiguió llegar a funcionario. Pero es uno entre cientos.

HASSAN.- Seguimos siendo pastores... (Confidencialmente.) ¡Shhh!... A escondidas. En los vertederos hay mucho pasto... Y aquí hay muchos vertederos... Y muchas cabras.

Escena VIII

Encuentro con Abderramán

Los hombres y mujeres del grupo sacan de las bolsas de plástico sencillos instrumentos de viento y percusión, que hacen sonar, creando el estruendo evocador de una batalla. El actor que interpretó a HASSAN extrae de su bolsa algunas ropas viejas que recuerdan vagamente el atuendo de un guerrero andalusí, con las que se va vistiendo. El NARRADOR hace brotar de su garganta un largo lamento. Luego se dirige de nuevo al público.

NARRADOR.- No os asustéis, hermanos. El amor no sólo acontece en tiempos de paz. La guerra es buena comadre para estos lances. El guerrero más feroz también puede escribir versos o perder la cabeza por una mujer... ¿Habéis estado alguna vez en una aceifa?... **(Olfateando.)** El aire huele a muerte... y a ira... y a cansancio. Y también a primavera... Así es esta aceifa en las Alpujarras. Abderramán pone sitio al castillo de Juviles, que ofrece una espectacular resistencia, pero al final... como ocurre con muchas mujeres... es conquistado al asalto. Los partidarios del difunto muladí Ibn Hafsun son derrotados. Los restos del cadáver serán llevados a Córdoba y colgados del poste más alto a la entrada de la ciudad. **(Oteando con sus ojos ciegos el horizonte.)** Desde estas almenas se ve el Mulhacén helado... y los almendros en flor...

(HASSAN-ABDERRAMÁN empuña una vieja espada oxidada y se acerca a ZAHRA ANDALUSÍ que intenta escabullirse de las lindes del tapiz, sin conseguirlo y queda finalmente agazapada en una esquina.)

ABDERRAMÁN.- **(Entrando en el tapiz.)** ¿Quién eres, muchacha? **(La joven no responde. El califa la observa con curiosidad creciente.)** ¿Cuál es tu nombre?

ZAHRA.- Zahra me llaman.

ABDERRAMÁN.- Zahra... Azahara... **(Oliendo voluptuoso el aroma de su cuerpo.)** Blanca y perfumada como la flor del naranjo... Luminosa como la hija del profeta... Tus ojos son dos aguamarinas y tus pestañas una hilera de flechas enemigas antes del ataque... ¿Eres de aquí, de Elvira?

ZAHRA.- Nací en el Norte.

ABDERRAMÁN.- En tierra de infieles... (Con una gran risa irrefrenable.) ¡Por Al-Malik, el Rey de Reyes!... ¡Otra vascona en la familia! (ZAHRA le mira con sus grandes ojos sorprendidos. ABDERRAMÁN la enlaza con deseo.) Sí, dulzura... Mi madre, Muzna... y Oneca, la madre de mi padre; y la madre de mi abuelo... Y ahora, tú. ¡Es el deseo del Misericordioso!... ¿Tienes algún pariente?

ZAHRA.- Sólo tengo a mi Dios.

ABDERRAMÁN.- Ahora me tienes a mí.

ZAHRA.- ¿Y quién eres tú?

ABDERRAMÁN.- (A punto de enfurecerse, suelta a ZAHRA.) ¿Yo?... ¡Yo!... (La furia se transforma de nuevo en risa confiada.) Yo soy... tu nuevo dueño. (Llamando a voces.) ¡Al-Hakan, ven aquí!

(Otro de los actores del semicírculo, vestido también con elementos de guerrero que sacó de su bolsa, se acerca.)

AL-HAKAN.- ¿Sí, padre?...

ABDERRAMÁN.- Aquí tienes... ¿Qué te parece?

(Los dos muchachos se observan.)

AL-HAKAN.- ¿Cuántos años tienes?

ZAHRA.- Trece.

AL-HAKAN.- Igual que yo. (A su padre.) Padre... ¿Podemos llevarla con nosotros?

ABDERRAMÁN.- ¿El primogénito del emir pide permiso para tomar una esclava?

AL-HAKAN.- Me gustaría que fuera mi compañera de juegos.

ABDERRAMÁN.- (Riéndose.) No, hijo mío... Tu padre está pensando destinar esta niña a otros juegos... **(A voces, gritando a sus tropas.)** ¡Las Alpujarras ya son nuestras! (Tomando a la muchacha) ¡Y soy Al-Fateh! ¡El conquistador! **(Susurrándole.)** Llevaré a los rebeldes cargados de hierros... A ti, Azahra, cargada de oro y de besos. A las otras mujeres me las dieron. A ti te elijo yo. Ahora sólo soy emir; tú apenas una niña... Pero, Al-Kamel, El Perfecto, sabe que vendrán nuevos tiempos para nosotros. Tú y yo vamos a crecer, niña mía... ¡No te quepa duda alguna! **(A sus huertes.)** ¡Volvamos a Córdoba!

(Coge a ZAHRA sobre sus hombros y sale del tapiz. Les sigue AL-HAKAN. Todos ellos se integran en el semicírculo de hombres y mujeres sentados. La alfombra queda vacía en mitad de la escena.)

NARRADOR.- (Al público.) Hay momentos mágicos en que el azar se convierte en destino... **(Dibujando en el aire sus magníficas ensoñaciones.)** Abderramán montó sobre su caballo alazán, enjaezado con arreos de oro y con sangre de sus enemigos. Zahra cabalgó a su grupa... Hasta que los alminares de la ciudad de las ciudades se dibujaron en el azul tapiz del cielo...

Escena IX

Zahra y Malika en el baño para la boda

Entra corriendo al tapiz MALIKA, amiga de ZAHRA, una muchacha aún más joven, llena de vivacidad y desparpajo. Trae una jofaina de agua y aderezos.

MALIKA.- ¡Ay, Zahra!... ¡Mañana es tu boda con Hassan!... ¿Estás contenta?

ZAHRA.- (Entrando a su vez en el tapiz.) Me tocará cuidar más cabras que ahora.

(ZAHRA empieza a quitarse las ropas, mientras MALIKA se agita a su alrededor, parloteando sin parar.)

MALIKA.- No te quejes, Zahra. Tu familia sólo tiene una, la suya treinta. ¡Son la admiración de todo el barrio! Desde que llegaron de la aldea no han hecho más que prosperar. Además... ¿Van a hacerle funcionario, no?... A lo mejor os mudáis al centro... O por lo menos te compra una nevera... O un televisor... ¡Y no tendrás que salir a trabajar para otros!... ¡Mañana los invitados comerán hasta hartarse! ¡Ay! ¡Qué envidia me das, Zahra!... Ahora tus padres podrán descansar. Tu honor ya estará a salvo cuando estés en tu casa.

ZAHRA.- Mi casa es ésta.

MALIKA.- Bueno... Quiero decir... Ya sabes... Me refiero a la de tu marido.

ZAHRA.- (Que ha acabado de desvestirse. Ruborizándose.)
Va a hacer tres meses...

MALIKA.- (Asustada.) ¡Qué!...

ZAHRA.- Esa mañana... llegó el alba y mi jarro estaba roto.

MALIKA.- Pero... Zahra... ¡Perdiste el color de la cara! ¡Has cometido zina!... Unirse sin pasar por la familia es... es... ¡la muerte de los valores tradicionales!... ¡Su familia habrá exigido el certificado de virginidad para la firma del acta matrimonial!

ZAHRA.- (Cómplice.) No hay problema, Malika... una tejedora me lo ha repuesto. **(Ante el estupor de Malika.)** Los papeles dicen que soy adra... ¡virgen!

MALIKA.- Pero... ¿Y la sangre?...

ZAHRA.- ¡Qué boba eres, Malika! **(Bajando la voz, confidencial.)** Tengo mi pollito lleno de pequeños cristales...

MALIKA.- (Haciendo aspavientos.) ¡Zahra!...

ZAHRA.- Nadie notará la diferencia.

MALIKA.- (Riéndose.) ¡Y tu padre le dio los dátiles rellenos a Hassan...! ¡Si tu padre hubiese sabido!... **(Imitando burlescamente la voz y los ademanes de un hombre.)** «Una mujer desflorada es como... un cuscús de la víspera... ¡No me gusta!»

(Las dos muchachas se ríen aparatosamente. MALIKA comienza a lavar a ZAHRA.)

ZAHRA.- (Feliz.) Sí, Malika... Mañana dormiré con Hassan.

MALIKA.- (Con envidia, frotándole el cuerpo.) Serás la primera a quien Hassan desate el cinturón de bodas.

ZAHRA.- Yo me dejaré hacer.

MALIKA.- ¡Aunque ya todo ha sido hecho!... **(Con picardía.)** Hassan es un hombre... de bigotes.

ZAHRA.- Tendré que andar despierta si no quiero ganarme algún coscorrón.

MALIKA.- Si te comportas como es debido... ¿Qué puedes temer?

ZAHRA.- (Previsora, desgrana toda su retahíla de obligaciones.) Permaneceré en mis habitaciones y no abandonaré el fogón... No multiplicaré mis subidas a la terraza... Intercambiaré pocas palabras con los vecinos y no entraré en sus casas... Me portaré con modestia ante la gente... Bajaré mis ojos cuando pise la calle... ¡Mantendré mi lengua corta y mis pies pesados!

MALIKA.- Como debe ser.

ZAHRA.- (Soñadora.) Pero dentro de casa seré... atrevida... Intentaré que Hassan sea dulce conmigo...

MALIKA.- (Pícara.) ¿Muy... muy dulce?

(Ambas muchachas se ríen y juegan con el agua de la jofaina, cuchicheándose picardías al oído. MALIKA viste a ZAHRA con el traje de novia.)

ZAHRA.- ¿El goce?... ¡Esa sí que es buena!

MALIKA.- Digo yo... que alguna lo habrá alcanzado...

ZAHRA.- ¡Qué cosas tienes, Malika!... Tú eres aún muy joven... ¡Eso es un cuento!

MALIKA.- Al menos, serás la primera esposa. **(Comienza a secar a ZAHRA.)** La primera en engalanarte para él con el colh en los ojos... la henna en las manos... las fundas de oro... los tatuajes...

ZAHRA.- (Repentinamente.) Malika... ¿Te gustaría ser la segunda?

MALIKA.- (Vergonzosa.) ¡Qué cosas dices, Zahra!...

ZAHRA.- No seas tonta. ¿No eres mi mejor amiga? (**MALIKA asiente.**) Pues... Así estaríamos siempre juntas.

MALIKA.- Lo que quieres es que te ayude a acarrear la leña y el agua... Y a cuidar de las cabras... Que sea tu sirvienta.

ZAHRA.- Malika, tú siempre serás mi amiga más querida... Juntas podremos compartirlo todo.

MALIKA.- ¿Todo?...

(Ambas se abrazan felices. ZAHRA se deja poner la henna en las manos por MALIKA.)

ZAHRA.- ¡Ay! ¡Si estuviéramos en el Paraíso!...

MALIKA.- ¿Por qué dices eso?

ZAHRA.- En el Paraíso, el elegido puede desvirgar en un día cien vírgenes y el día siguiente las halla vírgenes de nuevo...

MALIKA.- Ningún jarro roto... Ninguna familia a la que dar explicaciones.

ZAHRA.- En el Paraíso circulan vírgenes... y donceles como ángeles, que semejan ocultas perlas desgranadas.

MALIKA.- ¿Y vas a contentarte con circular todo el día por ese aburrido jardín... esperando al elegido?

ZAHRA.- No digas barbaridades, Malika.

MALIKA.- Pues esto no es el Paraíso. Aquí no hay donceles... ni perlas. Esto es el barrio y aquí sólo hay hombres y mujeres.

ZAHRA.- (Riéndose.) Y cabras en los patios...

MALIKA.- No te rías de mí.

ZAHRA.- ¿Qué sabrás tú?

MALIKA.- Mi cuerpo me lo dice cada mañana... Mi cuerpo sellado, cerrado, tapiado... **(Hace ademanes grotescos, contoneándose de forma ridícula, ambas ríen. Imita el ritual del cierre de la vagina.)** «El hombre es un hilo, mientras que yo soy un muro»...

NARRADOR.- (Al público.) ¿Queréis oír algo... interesante, amigos?... ¿Algo que saben todos los hombres y que ninguno dice?... Cuando la mujer cata marido, esa verga ya ha conocido las delicias de la burra, de la prostituta, de la prima y de la vecina.

ZAHRA.- (Al público.) ¿Queréis saber algo... divertido, hermanos?... La mujer no se entrega al marido sin haberse ofrecido antes a sus amigas y... tal vez haber retozado con los jovencitos del barrio. **(A MALIKA.)** ¡Un hombre que no vuelve a casarse no es un verdadero hombre!

MALIKA.- ¡Feliz el marido musulmán! Tiene derecho a casarse con cuatro mujeres y a repudiarlas en bloque o por separado. Y Hassan es un hombre... ¡de bigotes!

ZAHRA.- A nosotras no nos repudiará. Puedes estar segura. **(Con fingida solemnidad.)** Seremos cómplices contra la tiranía de sus mostachos. **(Vanidosa.)** Y la envidia de nuestras vecinas.

MALIKA.- Zahra... ¿Sabes que no es mala idea eso de ser coesposas?... Déjame pensarlo...

(MALIKA sale llevándose la jofaina y los aderezos, incorporándose de nuevo al grupo que aguarda sentado. ZAHRA queda engalanada en mitad del tapiz, dispuesta para la ceremonia. Suenan chirimías y tambores festivos. El grupo coge a la novia en andas, como si la llevasen en la bulla, mientras cantan y bailan los temas de la boda, depositándola finalmente en el semicírculo de bolsas de plástico.)

Escena X

Harén en Córdoba. Las otras mujeres

NARRADOR- (Al público) Pero, volvamos a Al-Andalus. La historia es una eterna tragicomedia, donde sólo cambian los papeles y las máscaras... ¿No opináis lo mismo?... (Vuelve su rostro hacia el tapiz)

(ABDERRAMÁN entra de nuevo trayendo a su recién descubierta ZAHRA y la deposita en el centro del tapiz, contemplándola orgulloso y presentándola al resto de las personas del grupo, que constituyen ahora su corte.)

ABDERRAMÁN.- Aquí la tenéis. Es una hermosa muchacha venida de otras tierras... De tierras del norte. Sí, es cierto... Me diréis: «Tan sólo una bella extranjera sin ilustración. En el mercado de Córdoba valdría apenas mil dinares de oro...» Pero, enseñadla a leer, escribir, cantar versos, tañer el laúd, recitar el Sagrado Libro y discutir de filosofía... Y habréis aumentado su precio por catorce. **(A ZAHRA.)** Aunque para mí, dulce Zahra, no tienes precio. **(A la corte.)** Lavadla, perfumadla. Luego, llevadla junto a las otras mujeres del harén y haced de ella mi joya más preciada entre mis seis mil alhajas. Deseo que sea mi favorita. **(Rodeando con placer a ZAHRA.)** Virgen... cristiana... y noble. Tres delicadas facetas de este hermoso diamante en bruto. Las dos primeras yo me encargaré de pulirlas... El resto brilla ya con luz propia.

(ABDERRAMÁN abandona la estancia. Las otras mujeres del harén rodean a ZAHRA con curiosidad. El eunuco YAFAR se acerca y con un gesto de su cazamoscas ordena a las mujeres retirarse, pero éstas continúan rodeando la escena con curiosidad.)

YAFAR.- Aquí vivirás desde ahora, querida niña.

ZAHRA.- (Mirando a su alrededor.) ¿Qué lugar es éste?

YAFAR.- Tu nueva casa, señora.

ZAHRA.- (Mirando con recelo a las mujeres y luego con confianza a YAFAR.) No me gusta. Quiero volver a mi tierra.

YAFAR.- (Sonriendo con indulgencia.) La puerta del harén no se franquea nunca en sentido inverso... cuando se es mujer.

ZAHRA.- (Agitándose como una fiera enjaulada.) ¡Quiero salir de aquí!

YAFAR.- Cálmate. Aquí la rebeldía es vana. Es mejor plegarse y adaptarse. Tú pareces inteligente. Pon tu empeño en sacar ventaja de todo esto, en vez de sufrimiento. **(Observándola detenidamente.)** Estás en el ojo del califa... Te ha mirado... Te desea. Si rasga tu falda y compartes su cama, aunque sólo sea una vez, serás su concubina. **(Señalando a las mujeres.)** Tienes que renunciar a tu pasado... como hicieron ellas.

ZAHRA.- (Observándolas.) ¿Quiénes son ellas?

YAFAR.- Las esposas... Bueno, sólo algunas.

ZAHRA.- (Sorprendida.) ¿Hay más?

YAFAR.- Están las madres de los hijos del califa... las esclavas... las yawari muta...

ZAHRA.- ¿Y esas quienes son?

YAFAR.- Las esclavas de goce... Las concubinas. Ya irás conociéndolas atodas. **(Confidencialmente.)** Tendrás que andar con cuidado. En el harén la diversión más extendida son las intrigas... Y ahora tú estás en el centro de todas las miradas. Ten cuidado Zahra. Ser una chica bonita aquí no es una profesión segura. Has de saber exactamente a quién debes respetar, a quién besar la mano, el pie o la punta del vestido... Hay preciosos cordeles de seda que pueden acabar enroscados en tu pequeño cuello... o pócimas que aniden en tu estómago...

ZAHRA.- ¿Y tú?... ¿Quién eres tú?

YAFAR.- Soy Yafar... el eunuco. Me llaman «El Esclavo».

ZAHRA.- ¿Por qué?

YAFAR.- Yo también fui hecho cautivo en tierras del Norte.

ZAHRA.- ¿Como yo?

YAFAR.- Mi tierra está aún más al norte... **(Observándola con cariño.)** Mi madre era rubia y blanca como tú... Me gustas. Yo te diré como complacer al califa. Enamorar es como preparar un plato delicioso... Se trata de tener los ingredientes y combinarlos con sabiduría: Inteligencia, un poco de modestia y una pizca de humor te mantendrán en el corazón del príncipe de los creyentes... Y te enseñaré a distinguir entre lo que es haram, lo prohibido y lo que es halal, lo permitido.

ZAHRA.- ¿Y eso... ¿Cómo se aprende?

NASIR.- Es tarea de toda una vida.

ZAHRA.- ¿Y si no...?

NASIR.- El verdugo te cortará la cabeza y la echará a los perros... o serás condenada al peor de los castigos... El olvido. Recuerda siempre que aquí apenas serás una sombra. Una hermosa y joven sombra... A la que no se permitirá envejecer. (ZAHRA le mira aterrorizada.) No temas, yo cuidaré de ti. Y recuerda... En el harén las preguntas no se hacen para tener respuestas.

ZAHRA.- ¿Para qué entonces...?

(ZAHRA no puede por menos de reírse de la situación. YAFAR la reconviene cariñosamente. Salen seguidos por las mujeres, integrándose todos en el semicírculo.)

NARRADOR.- ¿Las preguntas?... Las preguntas son llaves que nos abren las estancias de la sabiduría. (Al público.) Pido vuestro permiso para continuar... Para seguir preguntándonos.

Escena XI

La curandera Sitt. La mano del muerto

El tapiz se transforma en casa de la curandera SITT. Entra SITT seguida de ZAHRA.

SITT.- ¿Te ha repudiado? (ZAHRA niega con la cabeza.) ¿Se ha fugado de casa? (ZAHRA vuelve a negar.) ¿Tiene otras fuera del matrimonio? (ZAHRA niega de nuevo.) ¿Te pega?

ZAHRA.- (Bajando la cabeza.) Lo normal.

SITT.- ¿Con una varilla de dientes, como manda el Sagrado Libro? (ZAHRA asiente.) Entonces, ¿de qué te quejas? Si no hay señal, no hay falta.

ZAHRA.- A ella aún no le ha puesto la mano encima.

SITT.- ¡Ah!... ¿Eso es lo que te molesta, eh?... Bueno, no te preocupes... Tiempo hay en la vida para todo. ¿No será que tú no le obedeces debidamente?

ZAHRA.- Cumplo con mis obligaciones... Pero...

SITT.- ¿Pero qué?... ¡Ay! ¡Estas nuevas ideas que nos están invadiendo...! Acabarán por trastocarlo todo... La lucha santa de la mujer es el buen comportamiento con su marido. La yihad se hace en las cocinas y las alcobas. ¿Te portas como es debido?...

ZAHRA.- Lo intento... Pero Malika está rompiendo siempre el reglamento. Se vale de cualquier artimaña para saltarse los turnos y ser ella la que esté con Hassan.

SITT.- ¿Tu marido muestra preferencia por ella?

ZAHRA.- Ya no sé qué pensar... No sé donde empiezan mis fantasmas...

SITT.- ¿Y esto fue siempre así?

ZAHRA.- ¡Al contrario! Malika era mi mejor amiga. Fui yo quien convenció a Hassan para que la desposara. Creí que seríamos confidentes...

SITT.- Hija mía, la primera es la respetada, la segunda la favorita. El hombre es el dueño... y sólo El Santísimo, Al-Quddûs, está por encima de sus designios.

ZAHRA.- Malika es casi una niña... Y no ha parado de tener hijos. ¡Ya va por el tercero!

SITT.- Acabas de poner el dedo en la llaga. Los hijos quiebran las alas del esposo y ablandan su corazón. ¿Cuántos hijos le has dado tú?

ZAHRA.- (Tras un silencio embarazoso.) Tengo mi nido vacío.

SITT.- (Asustada.) ¡En nombre del Misericordioso! ¡Bendito sea el Creador!... ¡Te has tragado a tus hijos!... Dios nos da un número de huevos... y hay que sacarlos al mundo ¡Una mujer debe vaciar su nido!

ZAHRA.- Malika está llena de huevos... Yo estoy vacía. ¿Será que Dios ha querido que yo sea así?

SITT.- Si es voluntad divina, tendrás que ir a visitar un santo... Si es obra de alguien, necesitarás un amuleto. **(Poniendo sus manos sobre el vientre de ZAHRA.)** ¡Zahra, tú tienes mal de ojo!... Tu coesposa es la culpable. **(Poniendo su oído. Satisfecha de su descubrimiento.)** ¡Tu hijo está dormido! Una disputa entre vosotras le ha asustado y no quiere nacer. ¡Hay que despertarle para que nazca!... Tomarás raíces de la hierba del frío...

ZAHRA.- ¿Y eso me hará recuperar a Hassan?...

SITT.- Nosotras tocaremos aquí y allá. Haremos sihor... El resto sólo es asunto del Más Alto.

ZAHRA.- Ayúdame a recuperar su amor o me volveré loca.

SITT.- ¡En fin! Escúchame bien, Zahra, y no olvides ningún detalle de lo que voy a decirte. Si no, lo echaremos todo a rodar.

ZAHRA.- ¿Crees que dará resultado?

SITT.- (Ligeramente ofendida.) Me llaman Sitt um Marata: La madre de las mujeres. Alá sabe que mi poder es grande.

ZAHRA.- Sólo Alá es grande.

SITT.- (Con reverencia.) ¡Alá Akbar! Yo sólo soy su sierva... **(Guiñando un ojo cómplice.)** Pero... algo aprendí de tanto servir a mi Señor. Tú quieres que tu marido te obedezca siempre y sólo tenga ojos para ti, ¿no es así?... **(ZAHRA asiente.)** Pues, entonces, harás todo lo que yo te diga. Mañana irás pronto al mercado y comprarás los mejores ingredientes para preparar un delicioso cuscús. No dejes que la otra esposa meta mano en el guiso. Debes ser tú la única cocinera.

ZAHRA.- ¿Y qué haré con Malika?

SITT.- ¿Es que no tienes imaginación, mujer?... Mándala a dar de comer a las gallinas o a ordeñar las cabras...

ZAHRA.- ¡Buena es Malika! Se ve que no la conoces. ¡Malika... la reina! No permite que nadie le diga lo que tiene que hacer. Desde que llegó no ha hecho más que tomar el mando de todo... Me trata como a su sirvienta... Hasta ha conseguido enemistarme con Hassan.

SITT.- Pues... Regálale tu mejor frasco y sugiérele que vaya al zoco a llenarlo con su esencia preferida... (ZAHRA **parece contrariada. SITT se impacienta.**) ¡Ay, mujer! Para ganar, hay que perder, así es la vida... ¿Qué prefieres, ganar a tu esposo o perder tu frasco de perfume?... ¡Y ahora, escucha y no me distraigas más con tu parloteo! (**Escucha afinando su oído para comprobar que nadie puede oírla.**) Yo me enteraré de quién ha muerto en estos días. No será difícil... Abú el sepulturero es un hombre agradecido (**Con picardía.**) y no olvida mis... continuos favores. Mañana, después de la oración de la caída de la tarde, acércate de nuevo por aquí con el cuscús.

(ZAHRA sale. Se oye la oración del atardecer. Recoge algo de su bolsa y vuelve a entrar con el cuscús. Ambas se dirigen al cementerio. Uno de los hombres del grupo, adelantándose a ellas, llega al lugar previsto y se tiende en el suelo.)

ZAHRA.- ¿Tú nunca te casaste?

SITT.- Yo... No he tenido tiempo.

ZAHRA.- ¿Acaso tuviste una larga enfermedad?

SITT.- Sí, una muy larga y muy grande... La curiosidad. Esa es una enfermedad importuna, que abre los ojos, desata la lengua y pone alas en los pies. Y no hay marido que soporte esa dolencia. (ZAHRA la mira confusa. SITT se detiene ante una tumba abierta.) Aquí es. Tal como Abú me dijo.

ZAHRA.- Pero...

SITT.- ¿Tienes miedo?... Todo lo que vale la pena tiene un precio, ya te dije. Te deshiciste de tu frasco de esencia, ahora deberás deshacerte de tu miedo. (**Abriendo la tumba y contemplando al cadáver.**) ¡Vaya!... Si es el viejo Sadeq. El lujurioso Sadeq, que no perdonaba muchacha, cabra, oveja ni gallina que se le pusiera por medio. Y ahí le ves. ¡Más tieso que un garrote!... Seguro que su verga no está tan tiesa como él. (**Se ríe con cautela aunque sin recato.**)

ZAHRA.- ¿Le conocías?

SITT.- ¿Qué si le conocía?... ¿Y quién no conocía a este hijo de su madre?... Todas las hembras de los contornos le conocían. Hasta las liendres y las pulgas le conocían... ¡Acércame el cuscús! (ZAHRA se lo da. SITT lo acerca a las manos del muerto.) Bueno, hermano Sadeq, lo que no hiciste de vivo vas a hacerlo de muerto. Sé que nunca entraste en una cocina... aunque entraste en todas las cocineras. Con permiso del Muy Generoso, Al-Wahlab, le pediré al demonio que te dé licencia para ayudarnos en este guiso de amor... ¡Qué mejor cocinero que tú para este potaje!... **(Remueve las manos del muertosobre el cuscús como si estuviera preparándolo, mientras recita la fórmula mágica.)** ¡Oh, Aquel que separó el sol y la luna! ¡Oh, Aquel que separó la noche del día! ¡Oh, Aquel que separó el cielo de la tierra!... Del mismo modo que armonizaste el hielo y el fuego, vuelve a unir los corazones de Zahra y Hassan, destruyendo entre ellos todo obstáculo y reinstaurando el amor hasta el día del Juicio Final. **(Recoge el cuscús y lo mira.)** Ahora todo está en manos del Misericordioso. **(Se lo entrega a Zahra.)** Aquí tienes. Dáselo a comer mañana a tu marido y será contigo dulce como la miel y manso como un cordero... No querrá mirar a ninguna otra más que a ti... ¡Y más ahora... que llegará el fruto de tu vientre! **(Palpando discretamente el vientre de ZAHRA.)** Lleva dormido tres años. Pero, no te preocupes, que pronto despertará... Será una hermosa niña. La llamarás Noor.

ZAHRA.- Noor... La luz... No lo olvidaré.

SITT.- Y a mí, no me olvides en tus plegarias...

(ZAHRA le entrega unas monedas y se va a casa con el cuscús que obrará el milagro. El hombre que hizo el papel de muerto vuelve al semicírculo. Suena de nuevo la oración. Se oyen unos gritos de mujer en la casa de ZAHRA.)

MALIKA.- (Entra gritando.) ¡Zahra! ¡Zahra!... Nuestro esposo no me habla.

ZAHRA.- (Sonriendo discretamente.) No tendrá ganas. Estará fatigado. Déjale dormir.

MALIKA.- ¡Dormido está!... Pero... para siempre.

ZAHRA.- (Asustada.) ¿Qué dices, Malika?

MALIKA.- ¡Hassan... ha muerto!... ¿Qué ha pasado?... ¿Qué ha pasado?

(Ambas mujeres se abrazan y claman a gritos desgarradas de dolor.)

NARRADOR.- Lloro, Zahra, llora... Pues llorar es mejor que mentir.

(A los llantos de las mujeres se suman las plegarias de los hombres, que se elevan como una fúnebre ola.)

Escena XII

Construcción de Medina Zahra.

Quema del zoco

NARRADOR.- (Escuchando los gritos.) ¿Qué es esa algarabía?... ¿Son los cientos de alarifes contratados por el califa para la construcción de su nuevo palacio?... **(Olfateando.)** ¿Y este olor?... ¿Es el de las chispas de pedernal saltando de las miles de herramientas?... **(Atisbando con sus ciegos ojos.)** Decídmelo, ¿Acaso no veis también un brillo cegador?... ¿Es del oro, los mármoles y piedras preciosas que comienzan a llenar Medina Zahra?... **(Confuso.)** ¿O es quizá más rojizo, más infernal?... **(Horrorizado.)** ¡El zoco de Córdoba está ardiendo! Se queman los hermosos tapices... las lanas y las sedas vuelan atónitas en pavesas... las alfombras son ascuas... los pollos, corderos y cabritos se asan sin comensal que quiera detenerse a apreciarlos... Refulgen miles de lámparas sin aceite... un festín de berenjenas tostadas para paladares que huyen despavoridos a refugiarse lejos de este infierno... monstruoso pebetero donde se inflaman en diabólica confusión todos los perfumes de Córdoba. **(Retomando el aliento, al público.)** Aún conservo después de tantos siglos, ese olor metido en las aletas de mi nariz... ese olor que no me abandonará jamás.

(ZAHRA entra en la estancia, seguida de servidores con cojines, bandejas de comida y jarros de bebida, que depositan en el tapiz.)

ZAHRA.- (Mandando retirarse a los criados.) Llevaos todo esto. ¿Es que queréis cebarme como a una pava?... **(Va levantando tapaderas mientras despotrica contra los alimentos.)** Estoy empachada de gallina en escabeche... Me empalaga tanto dulce de miel, tanto sirope, tanto mazapán... Me dan nauseas vuestros guisos de lagarto en salsa de agua de rosas... ¡Estoy harta de comer y descansar! ¿No sabéis que la grasa sube al corazón y lo para... a la cabeza y la trastorna... a los ojos y los ciega?... **(Le da un puntapié a un cojín bordado.)** ¡Cuánto echo de menos correr por la sierra... y beber agua fresca de mis fuentes... y ser dueña de mi corazón, de mi cabeza y de mis ojos!... Por muy amante que sea Abderramán, yo estoy siempre aquí... encerrada... sometida a su capricho... Paso interminables horas sin hacer nada. Tan sólo, esperar su llamada. ¡No soy más que su esclava! **(Los servidores nerviosos no saben a qué atenerse. ZAHRA se dirige a una de las muchachas.)** Sí, no soy más que tú... Una entre sus esclavas.

(Entra ABDERRAMÁN y a un gesto suyo los servidores desaparecen, llevándose las viandas.)

ABDERRAMÁN.- ¿Qué te ocurre, Azahra?... **(ZAHRA le contempla aún enfadada.)** No me respondas. Lo sé perfectamente. Te molesta que esté con las otras, ¿no es eso?... Crees que por ello no te amo. **(Acercándose con deseo.)** ¿Acaso no sabes que eres mi favorita entre las favoritas?... Tú deseas que sólo te ame a ti... Ser tú la única. **(Zahra asiente.)** Nunca ninguna otra me ha pedido tal cosa. Quizá tenga ya demasiados años para cambiar mis hábitos... Quizá no esté dispuesto. Sólo Dios lo sabe. Bésame, mi dulce flor de naranjo... No añadas tú también otra gota de amargura a mis preocupaciones. **(Besa apasionadamente a ZAHRA y agitado, comienza a dar vueltas por la estancia como un león enjaulado. En su mano juguetea con el chesti, el rosario de la paciencia.)** Este año el cielo nos está negando hasta la última gota de lluvia que pudiera humedecer la tierra. Hambre, peste... Y ahora este terrible incendio del zoco. ¿Será que El Más Grande no gusta de la construcción de mi nueva ciudad?

ZAHRA.- (Aún ligeramente enojada.) Dime, Abderramán... ¿Por qué mandas construir Medina Zahra?

ABDERRAMÁN.- (Fingiéndose solemnidad.) Los monarcas perpetúan el recuerdo de su reinado mediante el lenguaje de bellas construcciones... Un edificio monumental refleja la majestad de quien lo mandó erigir. **(Abrazándola.)** No seas mala, mi pequeña infiel. Tú sabes bien por qué lo hago... Para quién.

ZAHRA.- (Jugando a escapar de su asalto.) Tu hijo Al-Hakam prefiere las construcciones verbales. Ha enviado emisarios a todos los países en busca de libros, con orden de comprarlos a cualquier precio. Piensa construir en Medina Zahra una biblioteca tal que nadie llegue a igualar. Dice que poseerá todos los libros de nuestro tiempo... **(Dándose importancia.)** Yo leeré muchos de esos libros.

ABDERRAMÁN.- ¿Tú?... ¿Ya aprendiste a leer?

ZAHRA.- (Saca un pequeño libro entre los pliegues de su vestido.) ¿No era eso lo que querías?... Tu hijo me enseñó. Yo le ayudaré a poner en pie su biblioteca.

ABDERRAMÁN.- (Riendo.) ¡Vaya, con mi hijo! Hacéis buenas migas tú y él...

ZAHRA.- Somos como hermanos... No olvides que tenemos la misma edad.

ABDERRAMÁN.- Tendré que hablar seriamente con Al-Hakan... **(Contemplándola arrobado.)** Él querría besar tu boca... Pero ¿se puede besar la luna?... **(Atrayéndola hacia sí.)** Alá es mi guía en la vida. Tú eres la vida por la que quiero ser guiado... en tus gozos y mis placeres. Mi mayor hacienda se encuentra en el valle de tus senos... entre tus piernas buscaré mi pabellón de invierno. ¡Tú eres mi ciudad de ciudades! Esta otra no será más que tu pálido reflejo.

NARRADOR.- (Al público.) La biblioteca de Medina Zahra... Allí se encontraban todos los libros... Todas las historias acontecidas y por acontecer. Alguien me dijo que leyó una leyenda donde se hablaba de mí y de mis cuentos... Pero esa es otra historia.

ABDERRAMÁN.- (Volviendo a sus preocupaciones, se levanta y deambula de nuevo agitado, jugueteando con el rosario.) Mandaré que se lleve a cabo una oración colectiva para solicitar lluvias. Y dedicaré a algunos de mis alarifes para la reconstrucción del zoco... Pero sólo los necesarios. La construcción de mi ciudad no puede detenerse.

(ABDERRAMÁN sale. ZAHRA queda en la estancia,
leyendo su libro.)

NARRADOR.- (Al público.) ¿Sabéis, gentes ignorantes, que Medina Zahra es una ciudad misteriosa, fabricada por El Innombrable? Abderramán no fue más que su intermediario... Vosotros... al igual que él... no sois más que sus creaciones... la espuma de sus sueños. **(Burlón.)** ¿Acaso os creáis más importantes?... **(Confidencialmente.)** Yo os revelaré algunos misterios para que vuestra ignorancia sea menos profunda, vuestros ojos más humanos, vuestras palabras más inteligentes... Lo que acabo de contaros no es nada, comparado con lo que se avecina...

Escena XIII

Zahra se rebela contra el narrador

ZAHRA ANDALUSÍ cierra su libro y sale del tapiz. Entra agitada ZAHRA MAGREBÍ, tocándose el vientre, con una exclamación de felicidad.

ZAHRA.- ¡Mi hija! ¡Mi hija ha despertado y quiere nacer!
¡Dios ha desatado mis nudos!

NARRADOR.- (Asombrado de su propia audacia inventiva.) ¿Una hija sin padre?... ¡Vaya!... Estoy admirado de mi osadía. Hasta ahora nunca me atreví a tanto en mis cuentos. **(Al público.)** Ya os dije que soy el mejor. ¡Pero... acabo de superarme a mí mismo! **(Se ríe satisfecho.)**

ZAHRA.- (Descubriendo por vez primera al NARRADOR.)
¿Quién eres tú?...

NARRADOR.- (Deja de reírse y se dirige sorprendido a ZAHRA.) Yo soy tu narrador.

ZAHRA.- (Confusa.) ¿Qué quieres decir?...

NARRADOR.- Quien inventó el color de tus ojos y el sonido de tu voz.

ZAHRA.- Pero...

NARRADOR.- Sí, querida niña. Tú no eres más que un sueño que anida en mi vieja cabeza.

ZAHRA.- Entonces... Yo... (**Tocándose el vientre.**) Mi hija... ¡Eso no es posible!...

NARRADOR.- ¿Qué sabrás tú de los misterios de la vida?...

ZAHRA.- Si eres tan poderoso... Ayúdame a que mi hija nazca.

NARRADOR.- Nacerá si es la voluntad del Más Grande.

ZAHRA.- ¿Por qué no dejas que yo cuente mi propia historia?... Tal vez no me guste lo que dices de mí...

NARRADOR.- Cada narrador tiene su estilo propio.

ZAHRA.- Quizá no sea todo cierto.

NARRADOR.- Un narrador también es un poeta.

ZAHRA.- En los cuentos maravillosos, las mujeres abren la puerta y salen a buscar el amor y la libertad. Nada les detiene, ni las cerraduras, ni la autoridad paterna... Hazme a mí habitante de un mundo maravilloso y me harás feliz.

NARRADOR.- Querida niña... Las hadas no existen en el sur. Hace siglos que se transformaron en genios al cruzar el Estrecho... Y los genios son volubles. Hacen y deshacen a su voluntad. Si abres la puerta y te alejas de casa, volverás con el corazón espantado.

ZAHRA.- Hablaré con los genios. Ellos tal vez me entiendan mejor que tú.

NARRADOR.- No habláis la misma lengua...

ZAHRA.- (**Abandonando su actitud sumisa, se enfrenta al NARRADOR.**) ¡No, narrador! ¡Basta ya! ¡Se acabó! No me gusta el papel que me has asignado.

NARRADOR.- Cuando Él y Su Enviado han decidido un asunto, ni el creyente ni la creyente tienen otra opción. Quien desobedece está extraviado.

ZAHRA.- Creo que las cosas pueden ser de otro modo.

NARRADOR.- (**Estupefacto.**) La elección es una ilusión de los sentidos. Es inútil elegir cuando ya todo ha sido decidido en la eternidad. (**Con superioridad.**) ¿Qué sabrás tú, muchacha?

ZAHRA.- Sé lo que me dictan mi corazón y mis ojos.

NARRADOR.- ¡Ay!... El corazón es débil y los sentidos traicioneros.

ZAHRA.- ¿Y qué me dices de la himma, la fuerza del corazón?... El corazón también es poderoso, capaz de obrar prodigios, sin que deje de cumplirse el destino de Alá.

NARRADOR.- El corazón debe estar libre de arrogancia. **(Paternal.)** Yo soy tu cabeza... Déjame hacer... Yo te diré lo que te conviene.

ZAHRA.- Mis ojos se han abierto. He descubierto algo interesante...No soy una menor de edad. No necesito protección.

NARRADOR.- ¡Arrepiéntete, hija mía, de tus torpes palabras! Toda mujer depende del padre o del marido. Tienes que obedecer la Ley de Dios.

ZAHRA.- Prefiero obedecer la Ley de los hombres... y de las mujeres.

NARRADOR.- Siempre me has respetado...

ZAHRA.- Ahora no puedo. Es como si le ordenases al agua que incendiase la leña.

NARRADOR.- ¿Y adónde vas a ir, mujer?

ZAHRA.- Las estrellas me indicarán el camino.

NARRADOR.- ¡Deja que yo te guíe!...

ZAHRA.- ¿Cómo un ciego puede guiar a otro ciego?... **(Metiendo en la bolsa de plástico sus escasas pertenencias.)** Pedí a Dios que me enviara un signo... pero nada sucedió. La decisión depende de mí, pobre criatura ignorante. Allí donde voy no seré una «ladrona de empleo». Trabajaré y ganaré mi dinero. No tendré que depender de ningún hombre. Podré ser tan sólo una mujer. Buscaré con uñas y dientes mi libertad. **(Al público.)** Ayudadme, hermanos, la hora es crucial. **(Al Narrador.)** Adiós.

NARRADOR.- Sigue los vientos del Destino y gira donde den la vuelta.

El narrador desconcertado

NARRADOR.- (Furioso ante su impotencia con la rebelde Zahra.) ¡Hasta ahora, los viejos tenían autoridad y los jóvenes obedecían!... ¡Los narradores inventaban historias y los personajes se limitaban a cumplir su papel sin replicar!... ¡Cada cosa estaba en su lugar!... ¡Ay! Los tiempos cambian y el orden de las cosas se pone boca abajo... Zahra es como el pájaro bravo que lleva su nombre. Desdeñoso, esquivo, irreductible...

(Desconcertado, hablando consigo mismo.) ¡Claro!... Los errores que yo he cometido... también los cometen mis personajes... ¿Cómo podría ser de otro modo? Yo también fui siempre como el pájaro zahareño... No me dejé domesticar fácilmente.

(Increpa al público con sus preguntas retóricas.) ¿Qué pensáis de todo esto?... ¿Estáis de acuerdo con su decisión?... ¿Creéis que soy un mentiroso?... ¿Estoy abusando de vuestra credibilidad?... ¡Sabed que eso es una vil calumnia! Miente tan sólo aquel que no tiene convicción... ¡Y yo estoy absolutamente seguro de lo que os cuento! Además... ¿No dijo el maestro Averroes que la verdad tiene dos rostros? ¿Sabéis acaso la continuación de esta historia?... ¿Podéis siquiera vislumbrar el alcance de los acontecimientos que nos aguardan?... ¡Sois los más ignorantes de los ignorantes! ¿Por qué estoy aquí perdiendo el tiempo con vosotros? ¡Aldiablo vuestras miserables monedas! ¡Vosotros no me merecéis!...

(Vagamente nostálgico.) Me exilié de esta ciudad a causa de sus bajezas... pero no pude ir muy lejos... porque la ciudad estaba instalada en el centro de mi corazón. Y la ciudad, amigos míos no es más que todos y cada uno de vosotros.

(Escucha el silencio de su entregado auditorio.) Poreso... Hoy os haré el alto favor de desplegar ante vuestros ojos los maravillosos hechos que acontecieron. Lo maravilloso se esconde en los pliegues de una rutina. Y no siempre es fácil sustraerse al hechizo de la magia. La mente humana es una caja prodigiosa, tan pequeña que la cabeza puede transportarla, pero que encierra algo inconmensurable... La esperanza.

(Instalado totalmente en su autoridad.) Pero... ¿Pueden la magia y la esperanza fabricar panes para darnos de comer? ¿Pueden los cuentos aliviar nuestra miseria?...

(Entusiasmado.) Sí, amigos míos. No lo dudéis un momento. Su función es vital: Alimentar la vida del espíritu. Nutrir los sueños. Y así viene siendo desde yo dejé de ser aquel mono que trepaba por las copas de los cedros y salté a la tierra. Desde entonces vengo hilvanando mis epopeyas.

(Pícaro.) Aunque... los años pasan... y a veces el hambre hace flaquear la memoria.

(Señalando con su bastón al auditorio.) Incluso los más necesitados de entre vosotros, no me negaréis que lleváis algunas monedas en el bolsillo. Dádselas a este pobre ciego por su esforzado trabajo, para que pueda acordarse mejor de la continuación de su relato... Si el espectáculo os ha complacido, no olvidéis depositarlas a la salida. No tengáis duda alguna de que serán utilizadas para un buen fin... Y que Dios y la memoria del Profeta os bendigan...

(Oliendo con preocupación.) ¿No sentís un presagio de advertencia en el aire?

(Increpando al auditorio con su voz de trueno.) ¡Comienza la tragedia! ¡Temblad por lo que vais a conocer, gentes miedosas! Tenéis miedo de saber... y tal vez llevéis razón. El conocimiento aturde el corazón y ocupa la cabeza. Las antiguas certezas se convierten en dudas que roen nuestras entrañas y nos matan lentamente... ¡Lo inamovible comienza a moverse!

Escena XV

Pelea en el harén. Envenenamiento. Aborto

Se oye la voz del almuédano llamando a la oración de la tarde. ZAHRA entra en su aposento, con intención de descansar. Su gran vientre muestra su avanzado estado de gestación. Como una tromba irrumpe furiosa FÁTIMA, una de las esposas, prima del califa.

FÁTIMA.- ¡De rodillas! ¡Ponte de rodillas, cristiana, ante una descendiente del Profeta!... ¿Quién te crees que eres para llegar al harén con esas ínfulas, mirándonos a todas por encima del hombro... cuando no eres más que una simple concubina?...

ZAHRA.- No precisas gritar, Fátima, tengo mis oídos muy despiertos.

FÁTIMA.- (Aún más furiosa.) ¡Tus oídos y tu mente! ¡Eres una víbora entre las víboras!... ¿Crees que ese hijo que llevas en el vientre llegará a ser califa de los creyentes?... ¡Basta ya de esclavas del norte que vienen a Córdoba a implantar su satánica semilla en nuestro linaje! **(Riendo sarcástica.)** Muzna, la madre de Abderramán, ha sido la última... ¡Tenlo por seguro!

(Aparece MARYAN, la primera esposa, acompañada de una esclava. Intenta poner calma.)

MARYAN.- Fátima, estas no son maneras de comportarse entre nosotras. ¿Quieres que esto llegue a oídos de nuestro esposo... y te castigue dos veces en el mismo día? **(FÁTIMA la mira con rabia contenida pero se muerde los labios.)** Vuelve a tu aposento y permite que aquí vuelva la paz.

(FÁTIMA sale altanera. MARYAN intenta tranquilizar a ZAHRA.)

ZAHRA.- Mary an... ¿Por qué me odia desde que llegué?

MARYAN.- No le hagas caso Zahra, ya sabes cómo es nuestra Fátima... Y más después de lo que pasó anoche.

ZAHRA.- ¿Qué ocurrió?

(MARYAN hace seña a su esclava, que acerca una bebida.)

MARYAN.- Toma primero un poco de esta tisana, que te ayudará a tranquilizarte.

ZAHRA.- ¿Qué es esto?

MARYAN.- Infusión de toronjil. El mejor remedio para los inconvenientes de tu estado. **(Le ofrece la bebida y le acaricia el vientre.)** Pobre Zahra... Ya verás como en seguida se te pasa...

ZAHRA.- (Oliendo con desagrado el brebaje.) ¡Qué olor tan nauseabundo!

MARYAN.- Querida Zahra, estamos en Septiembre y el toronjil comienza a oler más fuerte que en primavera... Anda, no tengas tantos remilgos. Te sentará bien. **(Observa complacida como ZAHRA toma la tisana y comienza su relato.)** Pues bien... Ayer, Abderramán mandó aviso a Fátima para que estuviese preparada, pues quería visitarla por la noche... Ella no tardó en contármelo ufanándose... Ya conoces a la coreichita... Yo quise medir el valor de su deseo y le ofrecí comprarle la noche.

ZAHRA.- **(Entre el asombro y la incredulidad.)** ¿Eso hiciste, Maryan?

MARYAN.- **(Imitando a Fátima.)** «Dame diez mil dinares y es tuya», me contestó. **(Representándose a sí misma en su digno papel.)** «Necesito un escrito de tu puño y letra», le dije, «reconociendo que me la vendes, para poder justificarme ante el califa»... **(Permanece callada, creando el interés en su interlocutora.)**

ZAHRA.- ¿Y qué pasó?... Cuéntame Maryan.

MARYAN.- Bueno... Nuestro esposo me ha restituido todo mi dinero y ha recriminado duramente a su prima, por abusar del parentesco... y sobre todo por el poco afecto demostrado.

ZAHRA.- El orgullo de Abderramán es quien más ha sufrido en esta batalla. **(Comienza a sentirse indispuesta.)**

MARYAN.- No te preocupes... Dentro de poco la tisana producirá su efecto y podrás descansar. Yo también voy a retirarme. Ambas estamos fatigadas... **(Acaricia de nuevo el vientre de ZAHRA y sale seguida de su esclava.)**

(ZAHRA se siente cada vez peor y gime dolorida. Aparece YAFAR el eunuco.)

YAFAR.- ¿Qué ocurre, señora? **(La observa preocupado, hace una seña y llega un esclavo.)** Haz venir inmediatamente a Hasday, el médico judío. **(Intenta calmar a ZAHRA.)**

ZAHRA.- ¿Qué es esto, Yafar?... ¿Qué me sucede?... ¿Ha llegado y a la hora del parto?

YAFAR.- **(Alarmado, mirando el tono que va tomando su rostro.)** ¿Has comido o bebido algo?

ZAHRA.- Maryan me dio una tisana...

YAFAR.- ¡Por el Profeta! Te advertí que te andases con cuidado. Y más en tu estado. A ninguna le conviene que te conviertas en madre del futuro califa.

ZAHRA.- (Con un hilo de voz.) Pero, Maryan es siempre tan amable conmigo...

YAFAR.- Querida niña... Desconfía de la amabilidad. La máscara de la sonrisa es la más eficaz para esconder los sentimientos de envidia. Una mujer sonriente aquí será siempre tu peor enemiga.

(Entra el médico HASDAY. La reconoce detenidamente.)

HASDAY.- ¿Qué tomaste?

ZAHRA.- Tisana de toronjil.

HASDAY.- ¿Tenía un suave perfume a limón?

ZAHRA.- (Con asco) Todo lo contrario. Era un olor nauseabundo... entre agrio y picante...

HASDAY.- Han utilizado un fuerte veneno, posiblemente ruda. Espero que aún estemos a tiempo. (Saca un frasquito con una pócima e intenta que ZAHRA lo tome.) Aceite de oliva con agua tibia. Es infalible... (A YAFAR.) A menos que hayan utilizado fósforo. En ese caso no habrá nada que hacer. (ZAHRA se niega a tomar la bebida. HASDAY habla confidencialmente con YAFAR.) Hay que lograr que tome este aceite o el veneno no tardará en devorarla sin piedad.

ZAHRA.- (YAFAR consigue a duras penas que ZAHRA tome la medicina, mientras aferrada a él, comienza a delirar.) ¿Cómo es que no te pusieron nombre de flor?... Todos los eunucos tienen nombre de flor...

YAFAR.- No pienses en eso, señora. ¿Qué importa eso ahora?

ZAHRA.- (En su delirio.) Podrías llamarte Jazmín... o Mirto... O mejor, Nerolí. Sí, te llamaré Nerolí. Así seremos como hermanos. (Comienza a tiritar.) Yo, Azahra, la flor dulce del naranjo... Tú, Nerolí, el naranjo amargo... amargo como este veneno que me rasga las entrañas...

YAFAR.- (Enjuga el sudor frío de ZAHRA. Con lágrimas en los ojos, al médico.) ¿Es la muerte que llega?

HASDAY.- (Comenzando a recobrar la serenidad.) No, es el contraveneno que está comenzando a surtir efecto. Parte lo está expulsando por la piel... El resto lo hará por la placenta. (Palpando el vientre de ZAHRA.) La ruda contiene una fuerte sustancia abortiva... Espero que al menos hayamos llegado a tiempo de salvar a la madre.

ZAHRA.- (Saliendo de su estupor.) ¡No puedo morir! Necesito que mi hijo nazca. Quiero darle el fruto de mi vientre al califa...

(HASDAY mira tristemente a YAFAR, moviendo negativamente la cabeza. YAFAR acaricia a ZAHRA, que poco a poco parece abandonar el territorio de tinieblas.)

YAFAR.- No te debatas contra el destino...

HASDAY.- Hay cosas que ya no tienen remedio.

ZAHRA.- (Agarrándose el vientre.) ¡No! ¡Mi hijo, no! ¡No puede haber muerto! ¡Decidme que no es cierto!... No dejaré que me engañéis... Alguien me lo ha robado. ¡El califa tiene que saberlo! ¡Hay que mandar apresar a los ladrones!... (Sollozando con unos gemidos que harían conmovirse a las piedras.) ¡Devolvedme a mi hijo! ¡Y, si no, matadme a mí también! ¡Devolvedme en brazos del veneno!... ¡Ya no me interesa la vida!

YAFAR.- (Acaricia a ZAHRA.) Antes, los hijos no deseados eran ahogados en sus cunas... Luego se decía que habían muerto «prematamente»... ¿No es mejor así?

ZAHRA.- (Comenzando a sentir profundas arcadas.) Este brebaje me quema las entrañas. Está matando a mi hijo... Más de una se alegrará.

YAFAR.- (Con cariño.) Tú también debes alegrarte.

ZAHRA.- Yo no puedo más que llorar.

HASDAY.- Ahora hay que hacer que evacue todo lo que su cuerpo ya no precisa.

(Entre los dos hombres cogen a ZAHRA y la sacan del aposento. El silencio de la pérdida invade todos los rincones de la estancia.)

NARRADOR.- (Contemplando con sus ojos ciegos la escena.) La muerte... la vida... Hilos que se entrecruzan en un mismo tapiz. **(Al público.)** ¿Sabíais que la ruda es, a su vez, contraveneno de otras plantas?... Nada es totalmente bueno o malo. Depende de su uso apropiado. La ruda... Planta milagrosa. Mezclada con miel y zumo de hinojo clarifica y aguza la vista. No hay ciego que, a lo menos por su olor, no conozca la ruda... **(Para sí.)** ¡Qué no daría yo por un buen trago milagroso de esa nauseabunda planta! **(De nuevo al público.)** Pero, callemos. Como bien sabéis, hay otra Zahra que ya tomó su primera y gran decisión... Oigamos lo que tenga que decirnos.

Escena XVI

Despedida de la inmigrante

Se oye la oración del amanecer. ZAHRA llega al tapiz, que es ahora la casa de sus padres. En sus manos, la bolsa de plástico con sus escasas pertenencias.

ZAHRA.- (Al público.) Hay días extraños en que uno se despierta sintiendo que ha dormido durante años... durante demasiados años...

NARRADOR.- (Sintiéndola llegar.) Esta no es una mañana más... Es la fiesta del Mulud, el aniversario del Profeta. Su madre la espera como cada año al amanecer... Todos los demás duermen aún... Pero hoy Zahra no viene a ayudar a su madre a preparar el desayuno especial de tortas con queso y miel... ni la comida con pollo donde se reunirá toda la familia en torno al patriarca...

MADRE.- Así pues... ¿Te marchas?... Precisamente un día como hoy.

ZAHRA.- Es necesario, madre. Mi hija ha despertado y quiere nacer. Quiero que nazca ahí arriba.

MADRE.- (Desconcertada.) ¿En el cielo?

ZAHRA.- En el norte rumí... En Europa...

MADRE.- ¿Al otro lado del mar?... Eres una mujer.

ZAHRA.- Allí arriba los hombres y las mujeres se miran a los ojos sin enrojecer...

MADRE.- La mujer sólo deja su casa dos veces en la vida... Para ir a la boda o a la tumba.

ZAHRA.- Mi tumba está aquí... Dentro de estas cuatro paredes.

MADRE.- Pronto serás madre...

ZAHRA.- Y tú serás abuela de una hermosa niña.

MADRE.- Un hijo trae cien panes... Una hija tan sólo uno.

ZAHRA.- Yo lo haré crecer hasta mil.

MADRE.- Pero... ¿Dónde está el padre?

ZAHRA.- ¿Qué importa eso?

MADRE.- Un hijo sin el sello benéfico del apellido del padre es algo que debe taparse.

ZAHRA.- A donde yo voy hay otras reglas. Yo jugaré con ella y nos reiremos contemplando su hermoso «pollito», que será motivo de alegría.

MADRE.- El hijo bastardo está maldito ya desde el seno materno, como la madre.

ZAHRA.- Mi hija no está maldita... (**Acariciando su vientre.**) Tan sólo agitándose en su despertar.

MADRE.- La familia protegerá tu deshonor.

ZAHRA.- Los pobres no tenemos que disimular... puesto que nada tenemos.

MADRE.- Tienes tu casa.

ZAHRA.- ¿Mi casa?... Estoy cansada de dar vueltas como una mula en la noria, alrededor del patio. Necesito romper este círculo... abrir la puerta... Salir... Caminar en línea recta. Aquí ya no me queda nada... Ni dignidad.

MADRE.- Queda tu madre.

ZAHRA.- Siempre te llevaré en mi corazón.

MADRE.- Dejarás tu tierra...

ZAHRA.- Voy en busca de un futuro para mi hija.

MADRE.- El camino es largo.

ZAHRA.- Tengo dos pies que me conducirán hasta el mar.

MADRE.- Hija, el mar te tragará.

ZAHRA.- Pasaré entre sus dientes, como un pececillo.

MADRE.- ¿No tienes miedo?

ZAHRA.- El miedo lleva años revoloteando a mi alrededor como un enjambre de mosquitos. Le temo a nuestras costumbres.

MADRE.- Zahra, hija mía...

ZAHRA.- Pero ahora mi miedo ha estallado de repente, como la simiente de castaño.

MADRE.- Hija, pronto caerá la noche. ¿Qué harás tú sola... fuera de estos muros?

ZAHRA.- Las estrellas me guiarán.

MADRE.- ¿Y tu hachuma? ¿No conoces el pudor?... La noche es de los hombres.

ZAHRA.- La noche es mujer y se apiadará de mí.

MADRE.- Sólo quiero lo mejor para ti.

ZAHRA.- Entonces, dame tu bendición.

(Madre e hija se abrazan con la intensidad del amor y el miedo de que ésta sea la última vez.)

NARRADOR.- (Al público.) Este viaje, como el del Profeta, para Él todas las bendiciones, comienza en las tinieblas... en medio de la noche. Quién sabe si este viaje, como aquel, no estará inaugurando una nueva Era en nuestros calendarios... **(Contemplando su partida.)** Zahra sale al desierto terroso. Lleva dátiles, aceitunas y naranjas... Como los antiguos héroes de las leyendas... Pero hoy es hoy, esta no es una leyenda y ella es sólo una mujer...

(La MADRE moja con agua la puerta de la casa, por donde sale ZAHRA.)

ZAHRA.- (Al público.) Mi madre moja la tierra para que mi camino sea fresco. **(Coge un puñado de tierra que guarda con reverencia y mira al cielo.)** Quizá exista en alguna parte del Universo un ángel protector que hay a conocido el miedo y pueda ahora libramme de él. **(Recoge su escueto equipaje y se encamina hacia el futuro.)** ¡Yal-la, yal-la!... Vamos, vamos.

NARRADOR.- Caminó un día entero. Y el día se hizo noche... ¡Al Leil! **(Observando su partida.)** Miradla... Va tan sola, que la noche misma se separa, abriendo a su alrededor un espacio vacío. **(Al público.)** ¿Será ésta la Noche Tenebrosa en que Dios duerme, desocupando el mundo impregnado de su Luz? **(Clamando.)** ¡Oh, comunidad de genios, introducidos, como es vuestra costumbre, por las grietas de la felicidad! ¡Venid ahora mismo a guardar y proteger a Zahra de todo ser humano o bestia salvaje que quiera hacerle daño! ¡Ordenad si es preciso a los demonios que la guarden esta noche, por Dios Todopoderoso y su Poder!...¡Oh, ángeles portadores del Trono, iluminad su camino con vuestras luminarias celestiales!

Escena XVII

Despedida de Córdoba.

Entrada en Medina Zahra

Enorme agitación. Todos corren atareados alrededor del tapiz. El harén de Córdoba está patas arriba preparando el traslado a Medina Zahra. YAFAR, el eunuco mayor, pasea agitado entre la barahúnda, intentando poner orden en el desbarajuste.

YAFAR.- ¿Habéis cogido los cazamoscas y los abanicos?... El camino será largo y hoy se despertó un día de calor sofocante... ¿Y las arquetas con las joyas?... ¿Dónde habéis puesto los frascos de esencias?... ¿Queréis daros prisa con los baúles de trajes?...

ZAHRA.- (Contemplando con tristeza lo que dejará para siempre.) Aquí se quedan, Yafar, todas mis ilusiones... Todo lo que pudo ser y no fue.

YAFAR.- Vamos, Zahra, no es momento éste para melancolías... Hay mucho que preparar.

ZAHRA.- (Sus ojos se despiden de todo lo que le rodea.) El harén de Córdoba... **(Sonriendo.)** Y pensar que llegué a odiarlo más que a nada en el mundo... Ahora tengo pena en abandonarlo. ¿Tú puedes entender eso, Yafar?

YAFAR.- Creo que sí, Zahra. Abderramán ha construido con tu nombre la ciudad más hermosa de los tiempos... **(Momentáneamente triste, pensando en sí mismo.)** Pero hay cosas que no se pueden restituir... **(ZAHRA le hace una caricia, que él rechaza suavemente, retornando a su gesto animoso.)** ¡Vamos, vamos, no nos pongamos tristes! Ahora no hay tiempo para esas zarandajas.

ZAHRA.- (Se dispone a salir y vuelve agitada.) ¡Mi velo!... ¡He olvidado mi velo!

YAFAR.- ¡Ay, mujeres... un día olvidaréis vuestras cabezas! **(Le da un velo, que ZAHRA se coloca nerviosa.)**

ZAHRA.- Calla, Yafar. No seas cascarrabias... **(Burlona, le hace girar como una peonza.)** Malvado eunuco...

YAFAR.- (Recomponiéndose, vuelve a los preparativos. Explota.) ¡Estos esclavos son unos inútiles! **(Dándoles enfadado con su cazamoscas.)** ¡En qué mala hora os mandó comprar el califa!... ¡En qué perdido zoco darían un solo dirham por vuestros cansinos pellejos!... ¡Con razón valéis la mitad de una mula!... ¡Yo no daría ni la décima parte!...

(Mientras farfulla YAFAR, los esclavos preparan un palanquín con cortinillas de tela blanca sobre bastones, donde colocan a ZAHRA. Suena música y alboroto festivo. Aparece ABDERRAMÁN, que da la señal y la comitiva se pone en marcha alrededor del tapiz.)

ABDERRAMÁN.- (Contemplando sus dominios.) Mira, Azahra, mi imperio. Hace poco más de dos siglos, nuestros hermanos cruzaron el Estrecho en unas pocas embarcaciones... Apenas quinientos creyentes. ¡Y aquí lo tienes!... ¡Al-Andalus! El más hermoso Riad de la Casa del Islam. El Paraíso de Occidente, donde todos se codean, más allá de razas y religiones. Y así seguirá, si El Clemente lo permite, por los siglos de los siglos.

(Continúan su marcha, hasta que llegan a la puerta sur de la nueva ciudad-palacio. La comitiva se detiene y ABDERRAMÁN señala el tapiz, iluminado por el resplandor del mediodía.)

ABDERRAMÁN.- Ahí tienes tu ciudad: Medina Azahra. La ciudad resplandeciente. ¿Verdad que es magnífica?... La sustentan cuatro mil columnas y la cierran quinientas puertas. He gastado en ella incontables tesoros. ¿No es cierto que no tiene nada que envidiar a la espléndida Bagdad ni al fastuoso Bizancio?...

ZAHRA.- Parece una blanca doncella en brazos de un etíope.

ABDERRAMÁN.- Mandaré llenar el oscuro monte de almendros... Así cada primavera, cuando florezcan, te sentirás como entre tus añoradas nieves de Elvira. **(Ebrio de satisfacción.)** ¡Medina Azahra, la ciudad inmortal! Caerá el firmamento sobre la tierra antes de que mis ojos, ni ningún ojo humano, vean la destrucción de esta ciudad.

(Ambos contemplan maravillados la ciudad, ajenos a las proféticas palabras del NARRADOR.)

NARRADOR.- ¡Oh, Medina Zahra! ¡Ciudad orgullosa de tanta gloria y riqueza!... Pronto se alzarán las arenas contra ti y te sumergirán en la tumba del olvido... Tus guardianes desertarán de sus vigilias... Tus artesanos abandonarán el mercado... tus artistas los pinceles... Te quedarás sola, ciudad entre las ciudades, joya de Al-Andalus... Y llorarás durante siglos. Pero nadie escuchará tu llanto. (**Golpea con furia el suelo con su bastón.**) Cuando el ciervo de bronce derrame lágrimas de sangre... sabrás que ha llegado tu día.

ZAHRA.- (Extasiada.) Es un sueño...

ABDERRAMÁN.- Tú eres mi sueño. (**Acercándose amoroso a ZAHRA.**) Cuando anhelo oler el Perfume del Paraíso, me acerco a Azahra... (**Salen del palanquín y caminan hasta la alfombra.**) Este será ahora nuestro paraíso compartido.

(**A una llamada del califa, se acerca un esclavo con un jarro de vino, del que sirve una copa a ABDERRAMÁN, que bebe con deleite.**)

ZAHRA.- Señor... ¿Esto es lo que yo pienso?

ABDERRAMÁN.- Amada Azahra, la tolerancia es la regla de oro de la discreción. (**Con picardía.**) Se bebe... pero no se dice. (**Mirando con deleite su copa.**) Vino... Este dulce deseo prohibido... (**A ZAHRA.**) Después de todo, es la sangre de tu Dios... ¿No quieres compartir conmigo un sorbo de la divinidad?

(**ZAHRA bebe, mientras los ojos de ABDERRAMÁN la recorren con deseo.**)

NARRADOR.- ¡El humor del califa!... ¿Cómo acertar con la palabra adecuada en el momento preciso? Hace tan sólo unos meses, mandó matar a una concubina que se negó a besarle porque... olía a vino.

ABDERRAMÁN.- Ahora, deja que despliegue para ti los tesoros de mi ternura... (**Abrazándola.**) Déjame explorar los secretos más recónditos de mi nueva ciudad...

ZAHRA.- ¿Me amas?

ABDERRAMÁN.- Si en mi amor hubiera otra cosa que tú, lo arrancaría y desgarraría con mis propias manos.

(ZAHRA jugueteando aparenta zafarse de
ABDERRAMÁN, que la persigue deseoso por inaugurar el
nuevo tálamo califal.)

NARRADOR.- ¡Qué repetido es el mundo! Uno piensa que su acto de amor es único... que está inventando el goce... **(Al público.)** Habéis de saber que un califa murió de una enfermedad a la que hasta entonces no se había dado importancia: El amor de una esclava... Otro prefirió matarla cuando comprendió que su amor era incompatible con su deber. El amor... **(Con tristeza.)** MedinaAzahara... Cinco años tardaste en levantarte... Cuarenta en engalanarte... Sesenta y cinco en morir... Hay amores que resisten con más vigor el cruel envite del tiempo...

Escena XVIII

Embarque y travesía del Estrecho.

La patera zozobra

El silencio es roto por el ruido del papel celo con el que envuelven en plástico su escaso equipaje los jóvenes viajeros de la patera.

NARRADOR.- (Al público.) ¿Queréis saber, gentes curiosas, como aprendí mis historias?... Mezclándome con la gente... confundiéndome con ellos... siendo uno más. **(Olfateando el aire.)** Un ligero poniente parece querer entrar desde el Atlántico... Esta noche será noche de pateras. **(Levantándose.)** Seré para Zahra un viejo arcángel Gabriel. Mis alas serán las de la imaginación y la memoria. **(Dirigiéndose al grupo que embarca.)** ¿Hay sitio para un pobre viejo ciego?

PATRÓN.- Si has pagado tu precio, puedes subir, amigo.

NARRADOR.- Mi precio... ¿Y cuál es mi precio? ¿Cuál es el precio de un hombre? ¿Puedes acaso decírmelo tú?... Si es así, lo pagaré con gusto.

(Desconcierto entre los presentes.)

PATRÓN.- ¡Diez mil dirhams!... Lo sabes de sobra. No te hagas el gracioso.

NARRADOR.- Allá donde vamos es una tierra grande.

PATRÓN.- (Refunfuñando.) Así que eres familia del capo... Estoy harto de hacer la vista gorda.

JOVEN.- (Ayuda al narrador a meterse en la patera.) Ven, habrá sitio para todos.

NARRADOR.- Que Al-Subhana, El Glorificado, te bendiga, hijo mío, y te colme de dicha.

JOVEN.- Que Él nos ayude en este viaje.

PATRÓN.- (Nervioso porque ya van retrasados, no quiere crear un nuevo conflicto. Ve a ZAHRA sola y mira a su alrededor.) ¿Y tu esposo?... ¿No ha venido contigo?

NARRADOR.- Tal vez no tenga esposo. (A Zahra.) ¿No es así, muchacha?... (Consultando con sus ojos ciegos a los presentes.) Nosotros la cuidaremos.

JOVEN.- (Tendiendo su mano a Zahra.) Vamos muchacha, también hay un sitio para ti.

(ZAHRA coge su mano y pasa al interior del tapiz, acomodándose con su bolsa.)

NARRADOR.- ...Y para tu criatura.

(ZAHRA se toca feliz el vientre. El PATRÓN la mira con reprobación y sonríe malévolamente.)

PATRÓN.- ¿Vas al servicio doméstico o a... otros servicios?
(**ZAHRA levanta los ojos y le mantiene la mirada. Desconcertado, intenta cambiar de tema.**) Parece que los otros tardan.

NARRADOR.- Creo... que ya no vendrán.

PATRÓN.- (Contrariado.) ¿Cómo lo sabes?

NARRADOR.- Soy viejo...

PATRÓN.- Mejor así. (**Trazando un burdo mapa en la arena.**) Estamos aquí. Este es el lugar más cercano para cruzar hasta el otro lado. (**Aleccionándoles, con gesto hosco.**) He comprado un motor nuevo para la zodiac, tiene setenta caballos, un motor fuerte. Tardaremos sólo una hora hasta Algeciras. Con el Poniente a favor y en una noche oscura, sin luna, la travesía se hace sin ningún problema. (**En tono amenazador.**) Pase lo que pase en el mar, a mí no me conocéis. Allí no ha dicho nada, Allí no ha traído nada. Soy padre de familia y no quiero problemas con esa gente. Cuando lleguemos, que cada uno se las apañe como pueda. A partir de entonces, no sabéis nada de la patera ni de mí. ¿Entendido? (**Borra los trazos de la arena y entra en la patera.**) ¡Vámonos!

(**El PATRÓN pone en marcha el potente motor, que empieza a rugir. El tapiz se convierte en patera deslizándose sobre las negras aguas. Todo parece en calma.**)

JOVEN.- (Al NARRADOR, mientras contempla la orilla que abandonan.) ¿Tú crees que volveremos pronto?

NARRADOR.- Depende de cómo cuentes el tiempo...

JOVEN.- No se es emigrante siempre. (**Saca de su bolsillo la llave de su casa y la besa.**) Es el cuerpo el que se va... La memoria se queda. (**Guardándola de nuevo.**)

NARRADOR.- El tiempo... El tiempo es algo tan relativo... (**Coge agua y hace una ablución.**)

JOVEN.- El mar parece un lago.

NARRADOR.- Esto es sólo el comienzo...

JOVEN.- (Soñador.) Europa... ¡Qué bonita palabra!... Parece nombre de perfume... Llevo años imaginando el olor de Europa... Me huele a cielo cuajado de nubes, a postales en colores, a hermosas mujeres rubias y desnudas... **(Se da cuenta de la presencia de ZAHRA e intenta cambiar el tono de su evocación.)** A orden... Todo bien ordenado... Cada cosa en su sitio... Hasta las calles deben oler a orden... en vez de a polvo. **(Entusiasmado.)** Me han dicho que hay una barrera que tengo que saltar... Si la salto, me darán papeles y trabajo.

NARRADOR.- Yo estuve allí.

JOVEN.- (Con reverencia.) ¿Tú?... ¿Fuiste en patera... o en barco grande?... ¿Cómo son las cosas ahí arriba?...

NARRADOR.- Nosotros tenemos nuestras costumbres... Ellos las suyas... Y sólo El Señor de los Mundos sabe cuales son mejores. Prepárate para que todo lo que te digan desautorice lo que te dijo tu madre.

JOVEN.- Mi madre me dijo pocas cosas. No tenía tiempo.

NARRADOR.- (Mordaz.) Si te gusta el orden... te gustarán las fronteras. **(Dejando caer la frase como una piedrecita en el silencio de la noche.)** Para pasar la frontera hay que humillarse.

JOVEN.- (Confuso.) ¿Mucho?...

NARRADOR.- Hasta que el policía tiene suficiente.

JOVEN.- Por eso decidí venir en patera. **(Exaltado.)** ¡Yo no me humillaré!

NARRADOR.- El eco de una patera en los radares es como el de una gaviota.

JOVEN.- Llegarán cientos de gaviotas y atronarán los radares.

NARRADOR.- (Al público, señalando con su bastón el fondo de la sala.) Al final de este mar hay un muro. Hoy es de hierro y piedra... Mañana, una intrincada red de radares y cámaras lo protegerán de todo aquel que pretenda siquiera acercarse. ¿Quién lo abatirá?... Vosotros sabéis que las palabras no son suficientes. Es preciso que el viento lo borre, que una nube lo cubra o que la noche lo ahogue con los monstruos de sus pesadillas... Hay una tierra más allá. Sus habitantes son gigantes, como aquellos que sostenían el mundo con sus espaldas... Es una isla fortaleza, rodeada por un océano de miseria... Es un país de silencio. Quien hable está perdido.

(El PATRÓN controla la barca, sin interesarse por la conversación. La noche cubre con su oscuro manto la travesía. Poco a poco, las nubes abren un pequeño hueco por donde se cuela el brillo de una estrella. El viejo y el JOVEN miran al cielo. ZAHRA continúa mirando al mar o a la noche o a sí misma.)

JOVEN.- Una estrella.

NARRADOR.- No. **(El JOVEN le mira extrañado.)** Un planeta. **(Tras un leve silencio.)** Su nombre es Venus para los cristianos... Zahra para nosotros, los hijos del Único, Al-Wâhid.

ZAHRA.- (Hablando por vez primera.) Zahra... **(Sonríe. Su rostro se ilumina.)**

JOVEN.- (Riendo.) ¡Tienes lengua! ¿Cuál es tu nombre, muchacha?

(ZAHRA vuelve a permanecer callada. Sonriendo, levanta sus ojos al cielo y señala el planeta. En ese momento, como herido por su dedo afilado, el cielo grita con un estruendo que parece querer desgarrar las bóvedas celestiales. La patera lleva tan sólo cuatro pasajeros, pero va llena de noche. Y la noche es un pesado lastre para tan frágil embarcación. El mar torna a ser negro. Comienza a llover cada vez más fuerte. La frágil barca se debate en mitad del oleaje.)

PATRÓN.- ¡Hay una vía de agua!

JOVEN.- (Aterrorizado.) ¡Nos vamos a pique!

NARRADOR.- (Con serenidad.) No temas. Aún no llegó tu hora.

JOVEN.- ¡No quiero morir!

PATRÓN.- ¡Achica agua y calla!

NARRADOR.- Los jóvenes ya no respetan las tradiciones.

JOVEN.- ¡Los jóvenes queremos vivir!

NARRADOR.- ¡Alá es grande!

PATRÓN.- ¡Alá no está aquí para achicar con nosotros!

(El PATRÓN y el JOVEN se afanan. El NARRADOR permanece sereno. ZAHRA aterrada se aferra a él.)

NARRADOR.- Es la voluntad del Más Alto. **(Dirigiéndose con toda intención a ZAHRA.)** Tal vez no debimos salir de donde Él nos colocó.

ZAHRA.- (Mirándole a los ojos ciegos.) Yo no soy una planta. Tengo pies para buscar mi camino.

NARRADOR.- Además... ¿Qué vamos a hacer sin papeles? La ley nos devolverá a casa.

JOVEN.- Cuando el estómago llora, no le consuelan leyes ni papeles.

NARRADOR.- Sí, tienes razón. Es difícil... muy difícil engañar al estómago.

JOVEN.- Yo he estado intentándolo mucho tiempo...

ZAHRA.- (Dirigiendo sus palabras intencionadamente al NARRADOR.) El Altísimo es demasiado sordo a los gritos de sus criaturas.

JOVEN.- El Altísimo no tiene orejas... ni estómago.

NARRADOR.- Él es Dios y todo lo puede... Al-Qadír.

JOVEN.- Podía fabricarse un par de orejas mortales... un par de orejas bien grandes para escuchar el clamor de nuestros estómagos.

NARRADOR.- Hijo... Es bueno bordear el exceso sin caer en él, como quien navega por un impetuoso mar sin dejarse tragar por las olas.

PATRÓN.- ¡Dejaros de filosofías y seguid achicando!

ZAHRA.- (Asustada, al PATRÓN.) ¿Tú crees que lo conseguiremos?

PATRÓN.- (Aparentando absoluta seguridad.) ¿Naufragar yo?... ¡No, yo soy un profesional! **(El motor repentinamente deja de sonar. El PATRÓN les mira desconcertado.)** Podéis empezar a rezar...

NARRADOR.- El agua, fuente de la vida, se ha convertido esta noche en el oscuro oleaje de la muerte. **(Al público.)** ¡Qué noche, hermanos!... El cielo hoy es una negra pizarra sin nada escrito. Será esta noche o dentro de un siglo de noches... Pero, no tengáis duda alguna: la muerte es nuestro destino. ¡Podéis estar seguros!

Escena IXX

Soledad en el aljibe

ZAHRA ANDALUSÍ se acerca al borde del tapiz, metamorfoseado ahora en el hermoso aljibe de Medina Zahra, iluminado por la luna. Sus manos juegan lánguidamente con el agua. Sus lágrimas se aferran a las cuencas de sus ojos, para no derramarse en el dulce líquido.

ZAHRA.- El harén es una hermosa sepultura... **(Sorprendida por su pensamiento.)** Si fuesen los hombres quienes estuviesen aquí encerrados... ¿Cómo olería este cementerio? **(El NARRADOR se aproxima y ZAHRA percibe vagamente su presencia.)** Hoy no tomé mi jarabe de amapola para los nervios... Y, sin embargo, el sueño se me acerca de puntillas. Ya oigo su aliento en mi espalda. **(El NARRADOR la acaricia y ZAHRA se estremece.)** Debería oler a alhelí... Pero es el perfume de todas las flores de Al-Andalus el que se mezcla e invade esta noche cada una de las estancias de mi alma.

NARRADOR.- (Al público.) Pobre Zahra... La está devorando el gusano de la locura, que penetra sigilosamente por los senderos de la soledad y acaba consumiendo el alma...

ZAHRA.- (Mirando al aljibe.) Muero un poco, como cada noche, en el brocal de este bello estanque.

NARRADOR.- (Susurrándole al oído.) No se baja a las fuentes para beber, querida niña, sino para otras celebraciones más misteriosas.

ZAHRA.- (Mirando al cielo.) Una estrella fugaz... Otra piedra de los ángeles contra los efrits que intentan acercarse a la corte celestial para vulnerar sus secretos. ¿Qué secreto querrán descubrir ahora?... **(Intentando comprender.)** Tal vez el mayor de los secretos... El secreto de la vida... ¿Por qué vivimos? ¿Quién nos hace vivir? ¿Para qué?... **(Alzando sus brazos al cielo.)** ¡Ay! ¡Cómo me gustaría tener alas... y escapar volando de este jardín, de este palacio, de este encierro! **(Cogiendo las puntas de su velo, mueve los brazos imitando el vuelo de un ave y comienza a girar con los ojos cerrados.)** He alcanzado los cielos... Soy inmortal... **(Sin ver al NARRADOR, pero percibiendo su presencia.)** ¿Qué haré cuando este jardín se vuelva un espejismo y esta historia de amor una leyenda?

NARRADOR.- Simplemente, recordar. El recuerdo es un potente instrumento. El pasado adormecido puede animar el presente... Los brujos y los imanes lo saben... **(Al público.)** Zahra llora desde hace siglos... y sus lágrimas atraviesan los relojes. Cada atardecer, si escuchamos con atención, oiremos su triste lamento.

ZAHRA.- (Canta una triste canción.) Quisiera diluirme en las aguas de este aljibe.

Quisiera disolverme en una lágrima...

Pero... ¿Qué puede hacer un cadáver despojado incluso de sus sueños?...

NARRADOR.- (Acaricia sus cabellos.) Tanto mojas de lágrimas tus ropas, que las ropas de un naufrago parecen.

ZAHRA.- (Descubre al NARRADOR.) Las lágrimas son lo único que poseo. Nada de lo demás me pertenece.

NARRADOR.- ¿Dónde está tu amado?... ¿Ha muerto?

ZAHRA.- En alguna ceremonia cortesana... O recibiendo en el Salón Rico a una delegación extranjera... O en una fiesta religiosa... O en la ceca, acariciando los dirhams acuñados... O en el lecho, acariciando el cuerpo de su nueva concubina... la que encontró lavando en el río... O el de uno de esos efebos que ahora sacian su sed de delicias nuevas... O contemplando como su hijo Abd Allah es degollado ante su presencia en medio de las burlas de la impúdica bufona Rasis... Su goce insaciable de poder ha matado al humilde gozo de nuestro amor.

NARRADOR.- ¡Qué grande es tu pena!

ZAHRA.- ¡Qué estrecho es mi mundo!

NARRADOR.- Hay otra mujer que está peor que tú y no se lamenta.

ZAHRA.- ¿Se conforma?

NARRADOR.- Todo lo contrario... Lucha.

ZAHRA.- ¿Una mujer?

NARRADOR.- Ella también tiene tu nombre... Zahra.

ZAHRA.- Acaso yo no sea muy distinta a ella...

NARRADOR.- Está a punto de perder el fruto de su vientre.

ZAHRA.- ¿Las envidias de otras mujeres?

NARRADOR.- La incompreensión de los hombres.

ZAHRA.- Me gustaría conocerla... Y ayudarla.

NARRADOR.- Mora en otro tiempo...

ZAHRA.- Llévame con ella.

NARRADOR.- Es un largo viaje...

ZAHRA.- No tengo prisa.

NARRADOR.- Violaremos las leyes del tiempo...

ZAHRA.- ¿Y qué le importa el tiempo a quien está muerta por dentro?

NARRADOR.- ¿Estás dispuesta a seguirme a través de un laberinto de siglos?

ZAHRA.- Con toda mi alma.

NARRADOR.- (Misterioso.) La Noche de las Noches se abren de par en par las secretas puertas del cielo y es más dulce el agua de las fuentes... **(Contemplando el aljibe.)** El agua quieta de este aljibe fluye hoy hacia la eternidad. El tiempo corre vertiginoso, como un loco caballo gigantesco... Móntate a mi grupa y galoparemos por las praderas del infinito. **(Clamando a los abismos que se abren ante sus ojos ciegos.)** ¡Comunidad de hombres y de genios!... Si podéis atravesar los confines de los cielos y la tierra... ¡Atravesadlos!

(Un gran bramido desgarrar el orden cotidiano. Luego, silencio.)

Escena XX

Helicóptero. El Ángel Azrael

El NARRADOR y ZAHRA ANDALUSÍ se acercan al tapiz y contemplan la escena de la patera, que permanece congelada.

NARRADOR.- Atravesamos abismos, duplicaciones, reflejos, falsas encrucijadas... hasta llegar de nuevo aquí... al ombligo del destino.

ZAHRA ANDALUSÍ.- (Asombrada.) ¿Es esto el mar?...

NARRADOR.- Tres días con sus noches estuvimos viajando a la deriva, a merced de esta húmeda garganta, que amenazaba con engullirnos... La tercera noche estábamos exhaustos y ateridos, sin refugio posible más que en la voluntad del Clemente.

(El NARRADOR se introduce de nuevo en la patera. Los personajes cobran de nuevo movimiento. ZAHRA ANDALUSÍ, queda observando los acontecimientos desde fuera del tapiz.)

ZAHRA MAGREBÍ.- (Contempla atemorizada el negro cielo.) ¿Será este el cielo rico, el de la otra orilla, el que me cubre ahora con desdén a mí, la hija pobre del sur? (Siente dolores en su vientre.) El cielo es una negra losa de pizarra que quiere aplastarme... (El rumor de un helicóptero va llegando hasta los oídos de los ocupantes de la patera.) ¿Qué es ese ruido que desgarras las piedras celestes?... ¡Escuchad! Es el gallo gigantesco del que nos habla el Sagrado Corán, que proclama el principio de fe: No hay Dios sino Alá: ¡La Ilaha Illal-Lah!... ¿O es el águila formada por miles de ángeles refulgentes de luz, entonando sus cantos?... ¡No!... ¡Ahora lo sé! Son las alas del ángel Azrael que rozan mi rostro... ¡Sí! ¡Eso es! ¡Ya está aquí!... Ha venido a por mí... ¿No veis sus alas con cuatro mil lenguas y ojos?... ¿No oís el zumbido de sus alas, retumbando como miles de moscardones?... Su estruendo me impide escuchar mi propia voz... ¡Ya no tengo voz!... (Aterrorizada.) El día fijado en el decreto divino, Azrael vendrá para arrebatarnos el alma... El ángel de la Muerte me cubre con sus alas. ¡No, no quiero morir! (Sujetándose el hinchado vientre.) ¡No puedo morir!...

NARRADOR.- Las almas de los mortales serán tomadas por el Ángel de la Muerte, pero a las almas de los elegidos ningún ángel puede acercarse. Dios mismo las toma con Su Sagrada Mano. No temas, Zahra.

(El cielo se ilumina con el resplandor del helicóptero sobre sus cabezas. ZAHRA dirige su mirada hacia el iluminado y rugiente cielo.)

ZAHRA.- Siento que me elevo hacia un resplandor creciente que me ciega.

NARRADOR.- Yo quedé ciego por buscar la luz. Me cegó un resplandor como el que ahora tú ves.

ZAHRA.- (Confusa, contemplando la potente luz del helicóptero.) El cielo es una bóveda de cristal que reverbera la luz de Dios.

NARRADOR.- El cielo es negro como los ojos de un ciego.

PATRÓN.- ¡Un helicóptero del Servicio de Fronteras! ¡Ahora sí que nos han cogido!

ZAHRA.- ¿Es la muerte que se acerca o la vida que retrocede?... Tengo demasiado miedo para partir. ¡No! ¡No puedo morir en este mar! ¡Mi hija necesita nacer!

JOVEN.- (Desorientado.) Cuando se eclipse la luna diremos:
¿Dónde está el refugio?...

PATRÓN.- (Aterrorizado.) ¡No hay refugio!

NARRADOR.- (Con serenidad.) El Estrecho es un inmenso
cementerio sin lápidas.

**(El ruido atronador y el potente foco del helicóptero lo
inundan todo. Luego, silencio.)**

**NARRADOR.- (Sus ojos parecen ver más allá de relojes y
calendarios.)** Miembros del Grupo Especial de Actividades
Subacuáticas, ayudados por un helicóptero del Servicio de
Vigilancia Aduanera, rescataron el cadáver de una inmigrante de
origen magrebí que naufragó frente a la costa de Tarifa. La
mujer, en avanzado estado de gestación, perdió a la criatura.

ZAHRA MAGREBÍ.- (Desgarrada.) ¡No!...

NARRADOR.- (Continúa desgranando su triste nueva.) El
helicóptero comprobó cómo un grupo de espaldas mojadas les
hacía señales desde el agua, minutos antes de que la patera fuera
engullida por el mar...

**(La escena queda de nuevo congelada en el interior de la
patera. ZAHRA ANDALUSÍ intercede ante el
NARRADOR.)**

ZAHRA ANDALUSÍ.- (Con profunda desolación.) ¡No
puedes hacerle esto, narrador!

NARRADOR.- Todo está escrito en el Libro Sagrado.

ZAHRA ANDALUSÍ.- Pues vuelve a pasar la hoja.

NARRADOR.- No se puede detener el mar con los brazos.

ZAHRA ANDALUSÍ.- (Suplicando.) ¿No te das cuenta de
que no puede morir? ¡Su hija no puede morir sin siquiera haber
nacido!... ¡Otra vez más, no! Ya lo hiciste conmigo... ¿Es que no
quedaste satisfecho?... Deseo que cambies el rumbo de esta
historia.

NARRADOR.- No confundas tus deseos con la realidad.

ZAHRA ANDALUSÍ- ¿Has olvidado la fuerza de la himma? El corazón puede mover montañas.

NARRADOR- ¿Tú crees?... Cuatro personas apiñadas en una frágil embarcación... entre rezos y miedos... No saben nadar...

(La luz celestial del helicóptero-Azrael queda suspendida sobre el destino de los indefensos naufragos.)

Escena XXI

Encuentro de las dos Zahras

ZAHRA ANDALUSÍ se acerca a ZAHRA MAGREBÍ, acariciándola tan suavemente, que ésta percibe un soplo de aire fresco. Alza sus ojos hacia ella y la descubre atónita. La escena de la patera permanece congelada.

NARRADOR- **(Al público.)** El mundo es un espejo. En cada átomo hay cientos de soles flamígeros... Todo el desierto no es más que un único, inmenso grano de arena. Penetrad en el corazón de una sola gota de agua y cien océanos emergerán... **(Contemplándolas.)** El espejo acaba de quebrarse en mil pedazos... Y aquí están nuestras dos Zahras. Una junto a otra. En un mismo territorio... El de la esperanza.

ZAHRA MAGREBÍ- **(Contemplando asombrada a ZAHRA ANDALUSÍ.)** Ella y yo, reflejos de una misma imagen.

ZAHRA ANDALUSÍ- **(Contemplando con cariño a ZAHRA MAGREBÍ.)** Tú y yo, sombras de sombras.

NARRADOR- **(Misterioso.)** No hay historia realmente interesante que no esté tejida con los hilos de lo sobrenatural... **(Al público.)** ¿Quién de vosotros podría decirme donde acaba el territorio de lo real y comienza el de la quimera?... **(Escucha el silencio.)** ¿No sabéis qué responder?...

ZAHRA MAGREBÍ- **(Hablando por vez primera a la otra ZAHRA.)** ¿Quién eres tú, la del rostro adorable que he visto sólo en sueños?... ¿Qué lejano palacio guarda el eco de tus pasos?...

ZAHRA ANDALUSÍ.- (Hablándose a sí misma.) Temo haber despertado en extraños siglos que despojen mi alma de todos sus secretos.

ZAHRA MAGREBÍ.- (A ZAHRA ANDALUSÍ.) Tu despertar parece fatigoso.

ZAHRA ANDALUSÍ.- (A ZAHRA MAGREBÍ.) Llevo siglos muriendo.

ZAHRA MAGREBÍ.- Yo muero por primera vez...

ZAHRA ANDALUSÍ.- Somos máscaras danzantes...

ZAHRA MAGREBÍ.- De mundos entrecruzados...

(Las dos ZHRAS avanzan una hacia la otra, dirigiéndose hacia esa llamada gemela.)

NARRADOR.- (A las desconcertadas ZHRAS.) ¿De qué os extrañáis, hermanas?... ¿Acaso los creyentes no conseguimos a través del yihad, superar ese abismo que se abre entre los planos espiritual y temporal?

ZAHRA MAGREBÍ.- (Tomando la mano de ZAHRA ANDALUSÍ.) Muero esta noche en las aguas de un negro mar.

ZAHRA ANDALUSÍ.- (La acaricia.) Yo muero cada tarde en el brocal de un bello estanque.

ZAHRA MAGREBÍ.- (Con desesperación.) ¡No quiero!
¡No puedo morir!

ZAHRA ANDALUSÍ.- Cuando alguien está en una situación desesperada, lo único que puede hacer es cambiar el mundo y volver a crearlo... ¿Me oyes, hermana?

ZAHRA MAGREBÍ.- ¿Tú también has sido madre?

ZAHRA ANDALUSÍ.- No tuve el destino de mi parte... O el coraje y la inteligencia para conseguirlo.

ZAHRA MAGREBÍ.- Yo no me dejaré vencer... Pediré prestada a la vida una porción de su tiempo.

ZAHRA ANDALUSÍ.- Eres una mujer admirable.

ZAHRA MAGREBÍ.- ¡Viviré contra todo pronóstico!
¡Lucharé contra la muerte a dentelladas si es preciso!

ZAHRA ANDALUSÍ.- Lucharemos juntas.

ZAHRA MAGREBÍ.- ¿Podremos lograrlo?

ZAHRA ANDALUSÍ.- (Con ternura.) No temas... Retornar de la muerte es tan sencillo si el corazón nos otorga manos, voz y rostro... Un tiempo redimirá al otro.

ZAHRA MAGREBÍ.- (Con decisión.) Seremos las vengadoras del tiempo.

NARRADOR.- ¿De qué os quejáis, mujeres?

ZAHRA ANDALUSÍ.- De un largo silencio de siglos.

(La luz celestial del helicóptero-Azrael se apaga, aunque en el corazón de ZAHRA permanece prendida la luz de la esperanza.)

NARRADOR.- Como no sabían que era imposible... lo hicieron. (Retornando a sus metáforas.) Una vez tuve dos gatos. Eran hembras. De ellas lo aprendí todo... Cómo caminar... cómo tumbarse... como observar... Tal vez antes se lo habían enseñado una a la otra... (Se dirige misterioso al público.) Conocer es recordar. Toda gran mujer está volviendo a crear a las que la precedieron...

Escena XXII

Dstrucción de Medina Zahra

NARRADOR.- (A ZAHRA ANDALUSÍ.) Tu tiempo se acaba... Debes retornar. Tu ciudad se quedó sola. Pueden llegar los lobos y devorar sus riquezas...

ZAHRA ANDALUSÍ.- Mi ciudad está bien pertrechada. Ninguna alimaña podrá con sus potentes muros. (Evocando con nostalgia.) Una ciudad es como una niña. Cuando nace todos son novedades, sueños... Allí tiene su primera sangre. Conoce varón. Vive su vida de hembra...

NARRADOR.- ...Y finalmente es destruida por las arrugas y arrasada por la gran fitna del tiempo. (**Trazando con su bastón un confuso arabesco.**) Ahí tienes tu ciudad... O lo que queda de ella.

(Los actores del semicírculo producen sonidos estridentes como si las puertas salieran de sus goznes y los muros de piedra se desplomasen sobre sus cimientos.)

ZAHRA ANDALUSÍ.- (**Mirando con pavor e incredulidad la escena.**) El fuego se aposenta en las sedas de los divanes... Los tapices perdieron su color... Los cristales su brillo... Es el moño, en lugar del almizcle, quien perfuma los mármoles de Alepo... Mi jardín es esclavo de las malas hierbas... Son las quinientas puertas de la medina las que abre ahora la muerte para recibirme...

NARRADOR.- Mercenarios beréberes acampan en tus suntuosos salones... Sus caballos beben en tus fuentes de alabastro...

ZAHRA ANDALUSÍ.- (**Contemplándose en el aljibe, se retira aterrada.**) ¿Qué rostro es ese que me contempla desde las aguas del aljibe?... ¿No son acaso los belfos de un furioso alazán?...

NARRADOR.- Tardaste siglos en regresar... Ese no es más que tu propio rostro envejecido.

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¿No soy entonces... más que una vieja arrugada y vencida como mi ciudad?...

NARRADOR.- Todo tiene un precio. Tú acabas de pagar el tuyo.

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¿Dónde están todos?... (**Contemplando desolada las ruinas de la que fue magnífica ciudad.**) ¿No hay entre las ruinas quien me hable de los amigos?... ¿A quién pediré noticias?

NARRADOR.- Pregunta a la gente de la Diáspora. Ellos te dirán donde fueron los habitantes.

ZAHRA ANDALUSÍ.- (**Con una pena infinita.**) Mi ciudad desaparecida... sumergida en las arenas del tiempo... Engullida por los abismos.

NARRADOR.- Tu ciudad perderá la memoria durante nueve siglos, dormida en las arenas de este monte, convertido en su tumba... ¡Córdoba la Vieja!... Finalmente desaparecerá hasta el recuerdo de su nombre... Hasta que llegue quien encuentre una pequeña piedrecita... empiece a remover y vaya sacando de nuevo a la luz el gran tesoro escondido.

ZAHRA ANDALUSÍ.- Córdoba entera llora... y mis ojos están secos.

NARRADOR.- Los muertos no fabrican lágrimas.

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¿Cómo me juzgará la Historia?... ¿Qué se dirá de mí?

NARRADOR.- Nada, querida Zahra... La Historia callará. Sólo vivirás en el seno de una leyenda... como tu ciudad. **(Al público.)** Las últimas esclavas la vieron sentada un atardecer al borde del aljibe, acariciando las tibias aguas con sus dedos de marfil... **(A ZAHRA ANDALUSÍ.)** Hoy comiste lengua de abubilla, que te permitió ver el futuro. Ahora, retorna a tu lecho y vuelve a despertar en lejanos tiempos... Y luego, duerme tu sueño secular en el lecho de piedra del Monte de la Desposada... **(ZAHRA ANDALUSÍ se reintegra en el semicírculo. El NARRADOR se dirige nuevamente al público, increpándoles con ardor.)** ¡Recordad lo que os ha sido desvelado! Seréis libres mientras ejercitéis vuestra memoria. La libertad de los hombres y mujeres, como la de las ciudades, vive de su memoria. Las palabras son más duraderas que los mármoles o los metales. El pasado esplendor de Medina Zahra, la gloria de Al-Andalus, resurgirá de nuevo en nuestros corazones cada vez que uno de vosotros recuerde y sonría. ¡Ay, la memoria!... La memoria es la llave de nuestro futuro.

(El estruendo cesa. El NARRADOR permanece unos instantes dueño y señor de ese territorio del silencio.)

Escena XXIII

El narrador y los posibles finales

NARRADOR.- (Afligido, dirigiendo las cuencas vacías de sus ojos a las bóvedas celestiales.) ¡Imploro la misericordia del Anciano de los Días, Al-Qadím, Señor de los contadores huérfanos y amnésicos!... Mi depósito de sueños envejece y se vacía... Estoy perdiendo mi joya más valiosa: Mi memoria. ¿Qué ocurre ahora?... ¿Cómo acaba esta historia?... ¿Dónde están mis personajes?... ¿Hacia donde se dirigen?... Preciso ir con ellos, pero no consigo ver el camino... Los senderos se cruzan en mi cabeza hueca creando cientos de arabescos desatinados... Camino sin la brújula de mi memoria...

(Al público.) Ayudadme vosotros, hermanos. Un pequeño amparo en forma de donativo puede hacerla volver con presteza. ¡La memoria es así de caprichosa! Dejad que vuestras manos visiten vuestros bolsillos. Sondeadlos con vuestros dedos piadosos... Ahí encontraréis mi moneda... la que me está esperando. A cambio, yo os conduciré hasta el fragante jardín, atravesando juntos las últimas y aún más asombrosas estancias de este país legendario por el que deambulamos. He hecho reír... he provocado abundantes lágrimas... ¡Pero, nunca nadie podrá decir de mí que he dormido a mi público! ¡No os defraudaré!

(Enardecido por su memoria que retorna) Si contase a la fuente lo que voy a deciros, se desecaría de emoción...

Si se lo dijese al árbol, perdería todas sus hojas...

Si a las piedras, las haría llorar...

Si se lo contase al obús, explotaría...

(Increpando al público.) ¡Seres tibios y adormecidos, que reposáis en vuestras mullidas certidumbres! ¿Estáis seguros de que deseáis llegar hasta el final?... Os prevengo de los peligros que nos aguardan en esta última jornada de nuestro viaje. Hay un antes y un después. Y esta noche es la frontera que divide ambos territorios. Estamos a punto de atravesar la frontera...

(Clamando a los cielos.) ¡Fronteras, fronteras, siempre fronteras! Hay fronteras de piedra, de agua, de fuego... Las fronteras no sirven más que para separar a los hermanos.

(De nuevo, al público. Pero ahora con una tierna decisión.) Peronosotros... vosotros y yo, con ayuda del Más grande, vamos a atravesarlas al fin... Sin pedir permiso... No temáis. El poeta marcha ante los ejércitos y canta. ¡Y su canto mueve las más sólidas montañas!

(Los actores-inmigrantes tocan sus instrumentos, intentando derribar las nuevas murallas de Jericó.)

Escena XXIV

Los molinos de Tarifa. Parto en la playa y muerte de Zahra

NARRADOR.- (Al público.) Y ahora, hermanos, preparaos, llegó la hora crucial... Os concedo el alto honor de asistir a la conclusión de los acontecimientos.

(Vuelve a meterse en la patera. La escena cobra de nuevo movimiento.)

JOVEN.- (Señalando hacia el público.) ¡Mirad!... ¡Mirad! ¡Lo hemos conseguido! ¿No veis la frontera?...

ZAHRA.- (Febil, contemplando los molinos de Tarifa.) ¿Qué son aquellos gigantes de tres brazos?... ¿Son los genios, defensores de los umbrales?... **(Intentando hacer comprender a sus compañeros.)** ¿No los veis... asomados al Estrecho... agitando sus blancas aspas?... Quieren espantarme... Devolverme a mi tumba... **(Horrorizada.)** ¡No! ¡Son los saytanes, comandados por Idris!... **(Gritando con decisión.)** No lo conseguiréis. Mi tatuaje servirá para conjuraros... **(Intenta desnudar su torso para mostrárselo.)** ¿O acaso quieren recibirnos? Sí... Eso es... Son palomas colosales de tres alas... que nos dan la bienvenida. Los genios se transformaron en palomas al ver mi tatuaje... **(Aumenta su estado febril.)** ¡No! ¡No son palomas!... ¿Serán los habitantes del Norte?... En la Bahía nos aguarda un foco de luz. **(Apuntando con su dedo tembloroso.)** ¿Es aquella la luz del Paraíso?... **(Pierde el sentido.)**

NARRADOR.- (Con una tristeza secular.) Ciertas noches como ésta, en que la luna no se levanta y los corazones no encuentran el camino... Se escuchan, desde el fondo de los océanos, los sollozos ahogados de los niños que nacerán mañana... **(Al público.)** ¿Qué cuales son mis sentimientos?... ¿Acaso eso importa ahora ante la gravedad de los hechos?

(La patera consigue acercarse con dificultad a la orilla.)

JOVEN.- (Al Narrador) ¿Qué podemos hacer?

NARRADOR.- Tariq quemó en esta misma playa sus naves. "¿Dónde podéis huir?", les dijo... "El enemigo se haya ante vosotros y el mar está detrás"...

(Se acercan corriendo al tapiz varias personas, entre ellas un GUARDIA CIVIL, un VOLUNTARIO DE CRUZ ROJA y una ENFERMERA.)

GUARDIA CIVIL.- (Hablando por un walkie.) Alerta a las patrulleras de la zona y al Centro de Coordinación de la Guardia Civil. Interceptada en la playa de La Caleta, en Tarifa, una nueva patera con cuatro personas de origen magrebí.

(El JOVEN les habla a gritos, intentando hacerse entender.)

JOVEN.- Marroquino y español, hermanos. Óyeme, óyeme un momento, hermano. Llevamos varios días flotando a la deriva. No agua ni comida... Nos salvamos porque El Señor es Misericordioso... Al-Rahim. **(Mirando al PATRÓN del barco que intenta escapar.)** Mírale, hermano... Hay piratas que se lucran para traernos, en esta barquichuela de mierda... en esta patera...

(El PATRÓN intenta zafarse del JOVEN, que le impide huir. ZAHRA es recogida de la patera por el VOLUNTARIO, que la toma en brazos y la deposita en la playa, la arena que hay ante el tapiz.)

VOLUNTARIO.- Esta mujer está muerta.

GUARDIA CIVIL.- (Hablando por el walkie.) Son cuatro inmigrantes, entre ellos el patrón de la embarcación, y el cuerpo sin vida de una mujer en avanzado estado de gestación...

ENFERMERA.- (Inclinándose sobre ella.) Está totalmente deshidratada. Ha entrado en coma. Aparentemente es muerte clínica. No creo que consiga superar el shock de hipotermia...

VOLUNTARIO.- Pobre mujer...

JOVEN.- Ella no marido. Ella sola. (**Quitándose su propia chaqueta arropa a ZAHRA. Mira a los presentes con rostro de súplica. El GUARDIA CIVIL le cachea.**) Hermano, amigos. He venido para trabajar. Yo no delincuente. Hacer muchas cosas, yo buen chico. No delincuente... Perdona, hermanos... Yo sin papeles... (**Intenta coger su bolsa y escapar, pero es detenido y esposado por el GUARDIA CIVIL.**) Yo trabajo tres años para los diez mil dirhams del viaje. Ahora otros tres años trabajando. Pero yo te digo, amigo, volveré a cruzar Estrecho...

(**ZAHRA lucha ferozmente con las tinieblas que quieren atraerla a su seno. Una voz de trueno brota de su cuerpo inerte. Todos la observan atónitos.**)

ZAHRA.- ¡Señor, hazme salir de la tumba!... ¡El sudario como velo, la espada de mi vientre fuera de su vaina, pronunciando labayk, invitando a responder a mi llamada a todas las gentes de ciudades y pueblos! (**Comienza a dar síntomas de vida.**)

ENFERMERA.- (**Auscultándola.**) ¡Respira!...

ZAHRA.- (**Tiritando, parece regresar de un largo viaje.**)
Tengo frío... Mucho frío.

NARRADOR.- Es el frío lunar de las estancias inferiores...

ZAHRA.- Mi hija no querrá nacer. Tengo que expulsar este frío... o el demonio Idris se llevará a mi hija. (**Al VOLUNTARIO que intenta arroparla.**) ¡No! ¡Apartatedigo!...

VOLUNTARIO.- Respira espontáneamente...

JOVEN.- Sonríe... Ella va a despertar.

ENFERMERA.- (**Profundamente conturbada.**) ¡Parece un milagro!... Nunca vi a nadie regresar de un coma hipotérmico.

ZAHRA.- (**Habla con su hija en delirios.**) Despierta, pequeña Noor, despierta... Llegó tu hora. Es mamá ahora quien tiene que dormir... Pero, no llores, mi amor... Un día despertaré... Espérame mi amor, niña mía... Y juntas caminaremos por los senderos de este Paraíso que mamá trajo para ti... (**Grita con desgarró. Sus carnes se abren dolorosamente, pero en su boca se dibuja una sonrisa.**)

ENFERMERA.- (Comprueba que ZAHRA está a punto de parir.) ¡Hay que salvar a la criatura!...

VOLUNTARIO.- ¿Cómo? No tenemos nada...

ENFERMERA.- ¡Por Dios, una ambulancia! ¡Que alguien pida una ambulancia o esta mujer se nos queda aquí!

(El POLICÍA llama a través de su teléfono móvil.)

GUARDIA CIVIL.- (Al walkie.) La mujer está a punto de dar a luz... (Respondiendo, nervioso.) ...No, no está muerta... Su estado es crítico. Es urgente una ambulancia para trasladarla al hospital.

ENFERMERA.- ¡No hay tiempo! ¡La criatura está naciendo!

NARRADOR.- (Asistiendo a la tragedia de ZAHRA.) Zahra no ha dado un solo día de descanso a los ángeles que la protegen. (Al público.) Las lágrimas desbordan mis cuencas vacías... ¿Y qué puedo hacer yo?... Miradme bien. En esta batalla, donde se precisarían diez mil caballos, a mí me dieron una yegua tuerta y coja... Pero, ¿y vosotros?... Vosotros podríais hacer algo grande... Vosotros también tenéis vuestra parte de responsabilidad. ¿Qué creáis? Sabed que el que habla y el que escucha participan en igual medida en un pecado. (Clamando a los espectadores.) ¡Oh, pueblo! ¡Haced algo, vosotros que podéis! Vosotros que estáis libres de estas cadenas de la ficción... ¡Vosotros, que habitáis el ancho mundo de la realidad!

(Todos se afanan alrededor de la madre. Un llanto de recién nacido ilumina la fría mañana y la arena extranjera. ZAHRA expira mientras se acerca estridente el sonido ya estéril de una ambulancia sobre el que se sobrepone el formidable alarido de los yu-yús lanzados por las gargantas de todas las mujeres del Magreb. Los hombres y mujeres van encendiendo velas alrededor de ZAHRA, hasta que la playa se llena de luminarias. En el centro está tendido el cuerpo de ZAHRA. Sobre su pecho, envuelta en telas, palpita su hija, la recién nacida Noor.)

NARRADOR.- La nube negra anuncia la lluvia,
la llegada del escorpión, el verano,

los cantos de los gallos, la aurora...

Pero nada... nada nos avisa de la muerte.

ZAHRA.- (Incorporándose, se dirige sonriente al público.)

No morí en el mar que nos separa... Muero en las dulces arenas del Paraíso...

NARRADOR.- (Sollozando, al público.) ¡Gentes ignorantes!... Ya os advertí de la gravedad de los hechos. **(Mirando con sus cuencas vacías a la difunta ZAHRA.)** ¿Os extraña su sonrisa?... Los pobres quieren morir para conocer el exquisito sabor de los manjares prometidos.

ZAHRA.- (Acunando a su hija.) Mi pequeña Noor... Mi luz... mi vida... ¿Te gusta el Paraíso?... Mamá ahora tiene que dormir. Mamá está cansada... muy cansada. Pero no llores tú, mi amor. Vendrán tus tíos, tus primas, tus vecinos, tus amigos... Ya están llegando. Ellos te cuidarán. **(Le canta una canción de cuna.)**

VOLUNTARIO.- (Hablando de la difunta ZAHRA.)

Pronto habría descubierto que esto no es el paraíso.

ENFERMERA.- Y eso sería aún más desolador.

VOLUNTARIO.- ¿Por qué vienen, si todo son naufragios, calamidades, malas caras, trabajos de tercera, chabolas donde nadie de nosotros viviría ni unas horas?

ENFERMERA.- ¿Cómo no van a venir?... ¿Cómo se puede matar un sueño?

VOLUNTARIO.- Todos serán repatriados.

ENFERMERA.- Todos... menos ella. **(Contemplando emocionada a ZAHRA.)**

(El NARRADOR baja sus grandes ojos ciegos y guarda silencio.)

ZAHRA.- (Al NARRADOR.) ¿Callas, narrador?... Las historias no siempre son hermosas ni poéticas.

NARRADOR.- A veces son tan tristes, que el silencio prefiere cubrirlas con un velo de piedad.

ZAHRA.- O una losa de vergüenza.

NARRADOR.- ¿Acaso he olvidado algo?

ZAHRA.- Tan sólo olvidaste que la vida no cabe en un cuento.

NARRADOR.- ¿Mis palabras no han sido claras?

ZAHRA.- Pero tus silencios son opacos.

NARRADOR.- Es el silencio de los labios habitados por el miedo...

ZAHRA.- Yo he precisado decir lo que ellos callaban.

(Las dos Zahras se miran a través de los espejos del tiempo. Luego contemplan al público.)

ZAHRA MAGREBÍ.- Míralos... Han venido a vernos... A ti y a mí... A escuchar nuestra historia.

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¿Y quiénes son ellos?

ZAHRA MAGREBÍ.- Ellos son... nuestros hermanos.

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¿Dónde estamos?

ZAHRA MAGREBÍ.- En el Paraíso.

ZAHRA ANDALUSÍ.- ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

ZAHRA MAGREBÍ.- La muerte nos trajo en su seno. **(Levantándose, abraza a ZAHRA ANDALUSÍ.)** Quiero dormir... Para soñar que el mundo es hermoso... que todas las fronteras fueron derribadas... que las mujeres de las dos orillas bailan al son de las palmas y las gaitas... Para soñar que la hermana danza con la hermana...

(Las dos Zahras danzan entrelazadas.)

NARRADOR.- (Al público.) ¡Abrid bien vuestros oídos! La historia que os he contado ha ocurrido realmente. Habéis visto acontecimientos y paradojas. ¡Ahora vosotros también estáis en el secreto! ¡Habéis tenido el privilegio de contemplar misterios insondables! La vida es hermosamente compleja... **(Contemplando a las dos Zahras.)** Dos fuentes surgieron de las tumbas de las dos Zahras. Sus aguas se reencontraron y juntas recorrieron el mundo. **(Al público.)** ¿Serán esas las dos fuentes del Paraíso de las que nos hablan las más antiguas crónicas?... No os extrañéis. El pasado no es más que un futuro antiguo.

Escena XXV

Epílogo

ZAHRA ANDALUSÍ y los otros personajes se retiran, incorporándose al semicírculo de actores. En el centro de la escena permanece ZAHRA MAGREBÍ.

ZARHA MAGREBÍ.- Mi nombre es Zahra. Soy musulmana, nacida y educada. Nací en la otra orilla. Nada sé de leyendas, de jardines ni de palacios.

(Señalando el tapiz.) Este monte no es más que una tumba húmeda donde esconder mis jóvenes huesos... mis huesos cansados... El resto preguntádselo al viento... al traicionero... al engañoso viento del sur que me trajo a estas tierras.

(Recoge la alfombra y avanza con ella entre sus brazos, como si acunase a una criatura.) Vine a través de una historia. Una leyenda me trajo en su seno. Me parió una fábula. Con su leche me alimentó una ficción.

(Se detiene.) Una quimera me mató al fin. Pasaré la noche en mi tumba.

(Dirigiéndose al público, con la triste sonrisa de quien ha vivido demasiado su corta vida.) Perdonad si mi triste historia ha podido molestaros. Así son las cosas en mi pequeño mundo, bajo las estrellas. Seáis bendecidos y se os conceda el lugar más alto del Paraíso. Amen. La paz sea con vosotros. As-Salam Aleikum. **(Se integra en el semicírculo.)**

HOMBRE 1.- **(Dirigiéndose al NARRADOR.)** Danos tu autorización para retirarnos, maestro de la fiesta.

HOMBRE 2.- La estrella de la mañana se eleva, anunciando el día.

(El NARRADOR alza su báculo en señal de afirmación.)

MUJER 1.- Nos despedimos con el corazón ligero por haber traspasado las barreras que detienen a los tibios...

MUJER 2.- Además, a nosotros también nos aguarda un largo y duro viaje.

(Los presentes apagan las velas, recogen sus bolsas con sus enseres y salen, mientras una música magrebí actual se alza como una ola que barre todo lirismo. Y al fin, la soledad primera del NARRADOR y el silencio. El silencio del Clemente, que continúa mudo y sordo ante el clamor de sus criaturas. El NARRADOR se dirige al público.)

NARRADOR.- Un día... hace ya algún tiempo... una pequeña marroquí acompañó a una mujer española a visitar su kashba en ruinas. La pequeña era pastora de cabras y no sabía leer ni escribir... sólo decir «oui» y mirar el mundo con sus hermosos ojos asombrados. La mujer española le regaló su bolígrafo. La mujer era escritora, había bajado al sur en busca de historias. Volvió a casa sin una sola línea. Sólo traía imágenes imborrables en sus retinas. La niña se hizo mayor y aprendió a escribir y también a decir «non». Y escribió la historia de Zahra. Esta que escuchasteis es su historia.

(Poniéndose en pie.) ¿Acaba aquí mi relato?... ¡Hay tantos cabos sueltos que esperan con paciencia su turno!... Otro día seguiremos soñando. ¿Qué es nuestra memoria sino una cadena de sueños?... Pero, ¿es acaso un sueño el dolor de una madre en tierra extranjera?... ¿Es sueño el silencio de las tumbas?... ¿No es más bien una pesadilla, una cruel y real pesadilla... un terrible juego de los moradores del Paraíso?

(Comenzando a andar hasta el centro de la escena.) Dicen que no hay mejor Paraíso que el que se ha perdido... Y tal vez llevan razón. El Paraíso ya no es lo que era.

(Señalando a su paso con el bastón.) Ahora el Paraíso está lleno de envases de plástico vacíos, mudos residuos de un pasado orgulloso, insaciable en su glotonería, que acabó engulléndose a sí mismo.

Por eso es preciso seguir hablando... contando historias... recordando... Aunque las palabras, en ciertas circunstancias, no alivian el dolor que nos desgarran por dentro...

(Se detiene, inquisitivo.) ¿Servirán de algo mis palabras? ¿Quedará alguna semilla fructificando en vuestros corazones?...

(Señalando con su báculo un lugar de la platea.) ¿Servirán tan sólo para ser recogidas por los censores que me observan desde aquel palco y que mañana harán dar con mis viejos huesos en la cárcel?...

(Llega al centro de la escena y se dirige desde allí a su auditorio.) Zahra um Noor: la madre de Noor... La madre de La Luz. Así será recordada en las crónicas futuras... Cuando de nuevo los puentes se tiendan entre las dos orillas y todo el que llegue a este mundo vuelva a ser recibido como un huésped. Su hija acaba de nacer en este lado del hudud... ¿Qué será de ella?... ¿Qué será de la Luz?... ¿Conseguirá al fin alumbrarnos a los que continuamos en la ceguera?...

Pero esa es otra historia... ¿O tal vez no?

(Con un guiño pícaro de sus ojos ciegos.) No te creas lo que yo digo... Investiga por ti mismo.

(Despidiéndose de su auditorio.) Os doy las gracias por el presente de vuestra atención. Espero que mis historias hayan entretenido vuestras cabezas y avivado vuestros corazones. Perdonad la brevedad... Apenas diez siglos en la inmensidad del tiempo... Pero ya es hora de que regreséis a vuestras casas... Porque de noche hay que dormir... Y, ¿quién sabe?... Tal vez, seguir soñando... Mis huesos están cansados. Yo también preciso dormir. Para finalizar, sólo os pido una cosa: No dejéis que nadie ahogue vuestros sueños. Cuidadlos y protegédlos... Haced que crezcan frondosos como el bosque de cedros y perfumados como la flor de azahar.

Farah, nezâm, sadat: Alegría, armonía y felicidad.

(Sorprendido, percibe como aflora dentro de él una nueva reflexión.) Hasta ahora, me limité a ser un archivero, un coleccionista de historias... Pensé que no había más que un Juez: El Innombrable, el Dueño de los Noventa y Nueve Nombres... Quizá sea este un momento de cambios. Quizá yo también deba empezar a cambiar...

(Comienza a llegar desde la lejanía el sonido gutural de los yuyús. El NARRADOR desciende del escenario, avanzando majestuosamente por el patio de butacas hacia la salida.) Soy tan viejo como el mundo.

He sido tantas cosas...

Santo y criminal,

Esposo amante y dueño despiadado,

Camellero en el desierto, califa en el palacio,

Efebo admirable, oscuro eunuco.

He sido hombre y mujer.

He sido virgen.

He sido prostituta.

He albergado cientos de hijos en mi vientre

Y engendrado otros cientos con mi verga.

He nacido y he muerto.

He visitado una vez el paraíso

Y otra el infierno.

He vagado entre las esferas.

He conocido a los arcángeles.

Lo he sabido todo.

Todo lo olvidé, hasta el propio olvido.

Por eso todo lo recuerdo.

Visité la estrella más lejana.

Habité el corazón de un grano de anís.

Cometí todos los crímenes.

Fui el juez más benévolo.

Vi el rostro de Dios.

Fui Dios contemplando el rostro de sus criaturas.

Lloré y fui lágrima y río y mar oscuro.

Me he perdido mil veces

Y mil veces he encontrado el camino.

He sido camino.

He sido número. Y cifra. Y blanco pergamino.

He sido poema en boca de un niño.

He sido boca. He sido niño.

Soy la voz antigua de la Memoria que habita vuestros sueños.

Soy vosotros. Soy tú. Soy él. Soy ella.

Somos la voz del tiempo.

Cantad...

Cantad conmigo la indestructible melodía del Tiempo...

(Suenan atronadores los yuyús. A su son se unen los dos sexos y las dos orillas. El NARRADOR contempla a los espectadores desde el fondo del patio de butacas. Tapa su rostro con la mano. Se hace la oscuridad y el silencio.)

